LOS SOLDADOS DE PLOMO,

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

DE

DON LUIS DE EGUILAZ.

Representada por primera vez en el teatro del Príncipe el 27 de Noviembre de 1865.

TERCERA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1865.

Examinada esta comedia no hallo inconveniente en que su epresentacion se autorice.

Madrid 3 de Noviembre de 1865.

El Censor de teatros,

NARCISO S. SERRA.

---

†

Á LA MEMORIA

DE LA SEÑORA

DOÑA BALBINA RENART DE EGUILAZ,

(Q. E. G. E.)

Al grabar tu nombre al frente de esta obra quiero ser el lapidario que labra la losa de tu sepulcro, Balbina mia.

Luis.

Marzo de 1685.

«No andeis cuidadosos por el dia de mañana. Porque el dia de mañana á sí mismo se traerá su cuidado. *Le basta al dia su propio afan.*»

(San Mateo, cap. 6.°, vers. 34.)

PERSONAJES.	ACTORES.
CLEMENCIA	D.ª Josefa Palma.
CÁRMEN	D.ª Cármen Berrobianco.
LEANDRO	D. Julian Romea.
ISIDORO	D. Florencio Romea.
JAVIER	D. Ricardo Morales.

El primer acto en Aranjuez: los dos últimos en Madrid.

El autor desea que en la representacion de esta obra se sustituyan los cuatro versos finales de la escena décima del segundo acto, con los siguientes:

Me causara mas asombro
en su boca un no fatal,
que aquel «no,» ya probervial,
de un ministro que no nombro.

ACTO PRIMERO.

Jardin de una casa de recreo en Aranjuez.—Á la izquierda, tercer término y casi frente al público, se vé parte de la fachada de la casa por entre los varios grupos de corpulentos árboles que circundan el primer término formando una glorieta. En el centro de esta, hay un arriate ó canastillo y en él diversas flores plantadas en forma cónica.

Tres arcos de arrayan y enredaderas dan entrada á la glorieta. La calle de árboles que parte del de la izquierda, termina en la puerta de la casa-pabellon; la que arranca del de la derecha, que se supone que conduce á la calle, en los últimos bastidores del mismo costado. Por el arco del centro se va al fondo del jardin, que está limitado por una estufa ó invernadero.

Pendientes de los arcos hay espejos esféricos. En la glorieta muebles modernos de jardin.

Al ser tan minucioso el autor en todos estos detalles, comprenderá el director que su deseo es que desaparezca lo rutinario de nuestra escena para ser reemplazado por la mas severa pero artística verdad.

ESCENA PRIMERA.

CÁRMEN, D. LEANDRO.

Cármen aparece formando un ramo de flores que corta dal canastillo. D. Leandro sale de la casa.

LEAND. Hola! Ya te has arreglado?
CÁRMEN. Huy! Cuánto hace!

LEAND. Á ver? Bueno.
No sé por qué no he de verte
siempre asi.
CÁRMEN. ¿Está usted contento?
LEAND. Y ya ves tú con qué poco.
Padre hay que pasa gruñendo
un año porque su hija
se compra un vestido nuevo,
y yo que por verte guapa
hasta en comprarlos me meto,
que vayas como van otras
ni aun eso conseguir puedo.
CÁRMEN. Ya ve usted! Aqui en el campo...
LEAND. Qué campo ni qué embeleco! (Exaltándose.)
¿No estais gentes de Madrid
todo el dia recibiendo?
Me irás á probar que en mayo
es Aranjuez un desierto.
Luego direis tú y tu madre
que gruño y gasto mal genio!
CÁRMEN. Pero, papá...
LEAND. Basta! basta!
CÁRMEN. Usted quiere...
LEAND. Solo quiero
lo que es regular. Que agrades,
que al verte salgan diciendo:
«Hombre, qué chica tan guapa!
»Si es un ángel!» Y con esto
y con que alguno me diga,
sotto voche y con misterio:
«¡Qué hija tiene usted, amigo!»
ya me doy por satisfecho.
—Es menester no ser niña
é ir pensando en mas serio.
Para lograr un partido
razonable en estos tiempos,
hay que figurar un poco.
CÁRMEN. Papá!...
LEAND. Nada! Más no hablemos.
—Si te pones colorada (Muy irritado.)
y te avergüenzas por esto,
no sé de qué te ha servido

la educacion del colegio!
—Y tu madre? (Cambiando de tono.)

ESCENA II.

DICHOS, CLEMENCIA, que ha salido de la casa; trae sombrilla que cierra al entrar en la glorieta.

CLEM. Aqui está ella.
LEAND. Vaya! Pues solas os dejo.
CLEM. Á trabajar ya?
LEAND. No: voy
á la estacion, porque espero
al amigo que te dije,
y al paso... doy un paseo.
CLEM. Y piensas traerle á casa?
LEAND. (Exaltándose por momentos.)
Pues ya se vé que lo pienso.
CLEM. Y á qué intimar con un hombre
á quien de ayer conocemos?
LEAND. Calla y no digas dislates.
¿Quieres que no sea atento
con un cliente que me deja
doble que Madrid entero?
CLEM. Bien, hombre, bien; no te alteres.
LEAND. No, mujer, si no me altero.
CLEM. (Á Cármen.)
¡Qué tienes tú?
CÁRMEN. Yo?...
LEAND. ¡Ah, si! Mira.
Yo en casa no quiero estremos,
y esta de puro mimada
se va melindrosa haciendo.
Le he dicho que ya es preciso
pensar en su casamiento;
y sin mas ni mas, ya ves
de qué manera se ha puesto.
Con que échale tú un sermon,
y hasta despues.
CLEM. Hasta luego.
LEAND. Me guardas rencor?
CÁRMEN. Yo á usted?
(Echándosele al cuello.)

LEAND. Eh! ya pasó.—Pronto vuelvo.
(Váse por el arco de la derecha.)

ESCENA III.

CLEMENCIA, CÁRMEN.

CLEM. Vamos, hija, eso no es nada.
CÁRMEN. Ya lo sé.
CLEM. Entonces?...
CÁRMEN. Perdona.
Pero cuando papá empieza
á hablarme de ciertas cosas,
tengo que hacer un esfuerzo
para no llorar.
CLEM. Qué tonta!
CÁRMEN. Como ya sé sus ideas...
CLEM. Las cambiará.
CÁRMEN. Dios te oiga!
Siempre los grandes partidos
y las magníficas bodas...
y lo magnífico y grande
es siempre al fin de la historia,
que el novio tiene dinero.
CLEM. Si eso es solo hablar, ¿qué importa?
CÁRMEN. No es solo hablar: bien lo sabes.
En cuanto oigo de su boca
ciertas frases, ya estoy viendo
un pretendiente que asoma.
Él tiene plan: no lo dudes.
CLEM. Quita! Eres lo mas medrosa...
CÁRMEN. Es que los hay tan pesados!...
Recuerda que siempre apoya
papá unos señores...
CLEM. Calla!
Á qué atormentarte ahora
por meras suposiciones?
¿No eres bastante dichosa?
Pues no pensemos en eso.
—Ya se aproxima la hora
de que Javier venga.

CÁRMEN. Si.
CLEM. Y si te halla cabilosa...
CÁRMEN. Es verdad! Estás en todo.
CLEM. Ven acá. Esa peinadora
nunca te deja á mi gusto.
Para ella en siendo de moda
un peinado, ya es forzoso
que ha de sentar bien á todas.
CÁRMEN. ¿Le pareceré bonita
á Javier?
CLEM. No: encantadora.
CÁRMEN. No está el encanto en tus ojos?
CLEM. Vamos, vamos: no seas loca,
y hablemos un rato en cuerdo.
—¿Le quieres tanto en persona
como en cartas? Ayer, Cármen,
tras de una ausencia forzosa
de dos años le hemos visto;
y esta es la ocasion mas propia
de que juzgues si le quieres
ó si has querido una sombra,
que escribia frases bellas
desde comarcas remotas.
Á tu edad se sueña mucho,
y es preciso echar la sonda
con tino y cuidado al alma,
para ver si ama ella toda
ó si es la imaginacion
solo la que se enamora.
¿Qué te ha parecido ayer?
CÁRMEN. ¿Á mí, mamá?...
CLEM. Te sonrojas?
CÁRMEN. Me da vergüenza.
CLEM. De mí?
CÁRMEN. Mamá!
CLEM. Vamos! no seas boba.
Te ha parecido...
CÁRMEN. Mejor
que antes que se fuera.
CLEM. Oiga!
Tarda en esplicarse puede
ser mi niña, que se corta;

mas como una vez se esplique,
se hará entender de una sorda.

Cármen. Ves! Ya me haces burla!

Clem. ¿Con que
á los ojos de su novia
el sol del Asia no ha hecho
que desmerezca?

Cármen. El que á solas
con la muerte logró un dia
tras de muy amargas horas,
sana y salva devolverme
á mi madre cariñosa,
no tendrá á mis ojos nunca
la cara morena ó roja;
tendrá una cara que siempre
ha de paracerme hermosa
la del ángel que á mi madre
ha salvado.

Clem. Reflexiona
que amor y agradecimiento
son muy diferentes cosas.

Cármen. Hijo y padre son en mí.
—Tú, mamá mia, aun ignoras
cómo estuviste y qué angustias
pasé yo por tí tan hondas.
Sola contigo en un pueblo
de cuatro casas ó chozas,
y donde era todo el mundo
extraño para nosotras,
el mal que allí te llevaba
vi agravarse hora por hora.
En aquel pueblo no habia
mas médico que un idiota,
que al verte, sin mas preámbulo
me dijo: «que se disponga.»
Papá viajaba por Francia,
yo era niña, y entre toda
la gente que me cercaba
mercenaria y codiciosa,
no via la carà amiga
que con horrible zozobra
buscaba por todas partes.

Estraviada y llorosa
dirigí la vista al cielo,
y en la pared de tu alcoba,
casi sobre tu cabeza,
ví una estampa ruda y tosca
de la Vírgen del Pilar,
que, entre la luz y la sombra,
me pareció circundada
de una radiente aureola.
«¡Madre, sálvame á mi madre!»
grité con voz fervorosa...
y oí un rumor, y en la puerta
ví la cara melancólica
de un jóven desconocido
que con mirada amistosa
me contemplaba. Era él!
Él, á quien Nuestra Señora,
de mis lágrimas movida
y con mi angustia piadosa,
para salvar á mi madre
me envió desde su gloria!

CLEM. Si sigue vamos las dos
á llorar como unas tontas.

CÁRMEN. Y qué importa, si son gratas,
que nuestras lágrimas corran?
Tú no puedes figurarte
qué dulce y qué melodiosa
sonó su voz en mi oido
al decir sin vanagloria:
«El médico de este pueblo,
por su celo, se equivoca.
Hay peligro, pero yo
respondo de esta señora.»
No, yo no puedo creer
que del acaso es la obra
el que allí Javier naciera,
y que en tan supremas horas,
próximo á partir del Asia
á las abrasadas zonas,
viniese á ver su familia.

CLEM. Dios oprime, mas no ahoga.
Si al oir Javier entonces

que en aquella pobre fonda
sola con su hija estaba
espirando una señora
no se te hubiese ofrecido
con su ciencia y su persona,
quizás aun triste viviera
sin la esperanza que hoy forma
su delicia y que le alienta
en su carrera espinosa.
—Sabes tú cómo se llama
su esperanza halagadora?

CÁRMEN. Como no se llame Cármen
yo no lo sé.

CLEM. Vanidosa!

ESCENA IV.

DICHAS, JAVIER.

JAVIER. Si, si: ya el jardin conozco. (*Dentro.*)

CÁRMEN. Ah!

JAVIER. Clemencia?...

CLEM. Amigo mio,
á mí logró usted salvarme
casi, segun imagino,
con su presencia; mas Cármen
parece que con lo mismo
que sanó su madre, enferma
á juzgar por los indicios.
Mire usted cuál se ha quedado
solamente con oirlo!

CÁRMEN. Es que... aunque á usted esperábamos,
y aunque ayer ya le hemos visto,
su voz, yo no sé por qué,
de un modo me ha sorprendido...

JAVIER. Señorita...

CLEM. El *señorita*
usté, y tú el *usted* que has dicho,
bien pueden en mi presencia
quedar desde hoy suprimidos.
(*Á un movimiento de Javier.*)
—En mi casa de Madrid
tengo un mueble que destino

á guardar cuantos objetos
me son por algo queridos.
Este almacen de recuerdos
—que en casa llaman mi archivo—
las cartas de usted encierra
de que esta hace paquetitos,
y yo en mis ratos de ocio
suelo hojear ese libro.

JAVIER. Gracias.

CÁRMEN. Es que... tutearle...
Ya verás como no atino.

CLEM. No? Pues cuando le escribias...

CÁRMEN. Ah! con la pluma es distinto.
No es verdad, Javier? ¿Ahora
me diria usté: «ángel mio,
mi bien, mi gloria, mi cielo,
mi esperanza y mi delirio»,
como me decia en todas
las cartas que he recibido!
No; me mira usté y se calla
como yo. Por eso digo
que una cosa es la palabra
y otra cosa es el escrito.

CLEM. Y qué tal se encuentra usted
en Madrid?

JAVIER. Oh! yo no vivo
en Madrid hasta que ustedes
vuelvan allá. Solo he visto
desde la estacion á casa
lo que he hallado en el camino.

CÁRMEN. Con tal que cuando volvamos
no haya guerra en otro sitio
y tenga usted que marcharse...

JAVIER. Traigo el propósito fijo
de no alejarme de ustedes.
Si el regimiento en que sirvo
deja á Madrid, ya he resuelto
retirarme del servicio.

CLEM. Bien, si; pero su carrera...

JAVIER. Curando enfermos y heridos
y vistiendo un uniforme
en el Asia la he seguido.

de temple asi un poco antiguo,
que no gasto cumplimientos
y que siento lo que digo.
Usté ha salvado á Clemencia;
mi persona, mi bolsillo
y mi casa estan dispuestos.
Diga usté: «Esto necesito.»
y ya basta: aqui no hay mas
que el pan pan y el vino vino.

JAVIER. Gracias...

LEAND. Qué gracias ni qué!...

CÁRMEN. (Ves lo bien que le ha acogido?

CLEM. Si.)

ISIDORO. Conque este caballero
ha salvado de un peligro
á Clemencia?—Usted no sabe
cuánto darian muchísimos
por encontrarse en su puesto.

JAVIER. No lo sé; mas lo concibo.

ISIDORO. De mí sabré á usted decirle
que con el alma le envidio.
¿Qué hizo usted para librarla?
qué hazaña? qué sacrificio?

JAVIER. Asistir cada mañana
siete años consecutivos
al colegio de San Cárlos.

ISIDORO. (Ah!... qué tonto! Ya me explico!...)
Es usted médico.

JAVIER. Si.

ISIDORO. De estos que dan globulillos?

CLEM. De los otros. (Con rapidez)

ISIDORO. Qué lo siento!

JAVIER. Por qué?

ISIDORO. Porque asi, amiguito,
no hará usté en Madrid fortuna.

JAVIER. Veremos.

LEAND. Con que lo dicho.
—Tengo que hablar con el conde,
y me voy con su permiso.

CLEM. Quédate. Quiero que vea
Javier, nuestro jardincito;
y entre tanto, hablan ustedes.

LEAND. Por mí... (Consultando con la mirada á Isidoro.)
Á mí me da lo mismo.
CLEM. Pues hasta luego.
LEAND. Hasta luego.
CÁRMEN. (Me quieres?
(Al dirigirse al velador para tomar su sombrilla, que ha aparecido sobre él.)
JAVIER. Si.)
ISIDORO. Adios, amigo. (Se saludan.)
CLEM. (Eh! Ya vas á verle á solas.
CÁRMEN. Si en dos años no le he visto!)
(Vánse por el arco del centro; al pasar al jardin, abren sus sombrillas y se les vé pasear por el fondo.)

ESCENA VI.

D. LEANDRO, ISIDORO.

LEAND. Con que, ea, vamos á ver
qué la trae por aqui.
Sociedad nueva, eh?
ISIDORO. Pch! Si.
Algo de eso viene á ser.
LEAND. Usté es brujo: no hay remedio;
le confieso que me espanta.
Otra sociedad en planta,
y van cinco en año y medio?
Qué alma, qué aplomo y qué fé,
y qué espíritu de empresa!
Vamos! Ni santa Teresa
ha fundado mas que usté.
ISIDORO. Hombre!...
LEAND. En el mismo momento
en que vino usted á hablarme,
dije: «Este va á consultarme
otro nuevo raglamento.»
Es usté el rey de la banca,
y he de proclamarlo á gritos.
Va usté á dejar tamañitos
á Roschil y á Salamanca.
ISIDORO. Pero...
LEAND. Olvidé por su mal,
que usté al tiempo cobra rédito.

Con que... es sociedad de crédito?

ISIDORO. No: sociedad conyugal.

LEAND. Calle! Usted!... (Rie.) Mas bien pensado,
ya tenia yo barruntos...
Pero para esos asuntos
no se busca al abogado.
Ó convida usted testigos
ó ignoro de qué se trata.

ISIDORO. Don Leandro, hablemos en plata
y como buenos amigos.

LEAND. Diga usted.

ISIDORO. Soy elegible
y aun elector. Es verdad
que me encuentro en esa edad
que llaman indefinible;
pero apaguemos la luz
que ese defecto no esconde,
y vamos á que soy conde
y ya dos veces gran cruz.
Mi rostro no es tal, que asombre
aunque paso del abril:
no soy un hombre gentil,
pero soy un gentil-hombre.
(Indicando el sitio en que se lleva la llave.)
De fortuna estoy tal cual;
en política, aceptado:
siempre he sido diputado
de órden.

LEAND. Si, ministerial.

ISIDORO. Eso.—Yo sigo mi senda,
y aunque no meto ruido;
en dos crisis han oido
mi nombre ya para Hacienda.
Con que si Dios nos da vida...
La cosa no está segura.

LEAND. Cá, cá. Esta gente no dura!

ISIDORO. Está ya tan conocida!

LEAND. En cuanto un hombre de brios
de su escaño se levante...

ISIDORO. Caen! Si eso á cada instante
se lo digo yo á los mios.

LEAND. Es un hecho.

ISIDORO. Y diga usté:
el que en esta posicion,
—con razon ó sin razon—
llega á estar, es justo que
prosiga cual yo el camino
que á mi edad causa y enfada
de la vida relajada,
de bromas y de Casino?

LEAND. Digna es tal vida—en verdad—
de algun autorcillo inédito;
mas no de un hombre de crédito
y respetabilidad.
Usté es rico; usté ha gozado
de cuanto goza la gente,
y ya pasiones no siente,
porque se encuentra gastado.
Conque á humillar la cerviz
como antes yo la humillé:
y qué demonio! haga usté
á una muchacha feliz.

ISIDORO. Si eso es lo que me he propuesto
y lo que ahora solicito.
Yo una mujer necesito
que me cuide.—Y fuera de esto,
¿no vé usté en las Córtes cuánta
simpatia se concilia,
aquel padre de familia
que animoso se levanta
á inculcar principios fijos,
gritando: «Votad! no ois?
Por mi boca habla el pais,
que es la patria de mis hijos:»
Y ¿cómo decir podrán
los solteros sin dar risa:
«Si una víctima es precisa,
yo seré un nuevo Guzman?»
De esto que dejo apuntado,
hacer podré mil discursos.
Es un plantel de recursos
la oratoria de casado.

LEAND. Y en los negocios...

ISIDORO. ¿Es dable

emplear mejor anzuelo
que el de una gente, modelo
de conducta irreprochable?
¿Quién que tal fama no cobre,
por mas que dé garantias,
lograr puede en nuestros dias
ser el banquero del pobre?
Un hombre que con prolijos
cuidados y honrado afan
gana trabajando el pan
de su esposa y de sus hijos;
hombre que, aunque ya se ve
sobre bolsas y bolsines,
se va con sus chiquitines
por esas calles á pie,
y oye á su paso decir:
«No hay quien mas rico que él sea,
y con sus niños pasea
como el que sale á pedir.»
«Ese los educa austeros
para que honra puedan darle.»
¡Vamos, da gusto llevarle
á un hombre asi su dinero!

LEAND. Me espanta el golpe de vista
y cómo da usté en el quid.

ISIDORO. Pues, hombre, andando en Madrid
y entre tanta gente lista...
no sé!... Si esta educacion
no fuera á uno provechosa,
le digo á usted que era cosa
de meterse en un rincon.

LEAND. Un hijo tuve, y le digo,
sin paternales engaños,
que aunque murió de diez años
era ya el mismo enemigo;
pues si viviera, mi anhelo
por su bien solo seria,
que, rodando el mundo, un dia
tomara á usted por modelo.

ISIDORO. Si murió, no puede ser
que yo le eduque y dirija,
pero usted tiene una hija

y algo podemos hacer.
LEAND. ¡Cómo!
ISIDORO. Yo me he de casar.
LEAND. Es que dotarla no puedo.
ISIDORO. Por eso no pase miedo.
No voy dinero á buscar.
Una niña tan modesta
que ni á un hablar se propasa,
mujercita de su casa,
económica y dispuesta;
una niña que ya corre
con todo aquí ella solita,
¿qué mas dote necesita
que el dinero que me ahorre!
Ahora en el caso fortuito
de que mañana faltara
usté, y la chica heredera...
yo me alegraré infinito.
LEAND. Entonces...
ISIDORO. Voy á acabar.
Usted es el abogado
mas bien quisto y mas honrado
de Madrid á no dudar.
LEAND. Eso sí.
ISIDORO. ¿Y no se le alcanza
á quien anda en tanta empresa
lo que un nombre puro pesa
del comercio en la balanza?
Cuanto yo emprenda, al momento
se dirá que usted lo hace.
Mi casa con este enlace
gana un doscientos por ciento.
LEAND. Esta manía maldita (Con risa bondadosa.)
de hacerse el malo! Bobada!
¿No influye para esto en nada
el ser la chica bonita?
ISIDORO. Hombre... sí. ¡No ha de influir!
Si ella una tarasca fuera,
puede que me detuviera
el temor de hacer reir.
Pero siendo regular...
Para mujer propia todas

son lo mismo. En esto hay modas
en las que nunca he de entrar,
porque las juzgo manías.
Hay hombre que se enamora...
y que dice que la adora...

LEAND. Bah! bah! esas son tonterías.

ISIDORO. Eso... pasa.

LEAND. Es la verdad
y lo que en limpio he sacado.
Yo me casé enamorado,
y hoy...

ISIDORO. Pues!

LEAND. Ya ve usté, á mi edad!...

ISIDORO. Bien educada, eso sí.
Si quiero abrir mis salones
y dar cuatro reuniones
ó un thé ú otra cosa así...
bueno es que sepa ese artículo
de recibir y tratar,
y que me haga bien quedar
y no me ponga en ridículo.

LEAND. Claro!

ISIDORO. Y que en una ocasion
que mi crédito exigente
lo reclame, se presente
llevando encima un millon.

LEAND. Pues nada, lo que es por mí...
Si usted lo ha pensado bien...

ISIDORO. Pensarlo? Le he dado cien
vueltas. ¡Cuando yo hablo así!

LEAND. Es verdad. Y ahora que ya
tan claro usted se ha esplicado,
que era mi sueño dorado
esta alianza sabrá. (Con espansion.)

ISIDORO. El buen don Leandro!
(Riendo y dándole una palmada en el hombro.)

LEAND. Sí.
—Mas antes de nada es justo
saber de Cármen el gusto. (Pro fórmula.)
Ella es quien se casa y...

ISIDORO. Sí. Violencias con las damas
y usar con ellas el dolo...

Quite usted allá! Eso sólo
se ve ya en los melodramas.

LEAND. Pues ¡nada! vamos á ver...
Mas... ¿le gusta á usted? Conteste.

ISIDORO. Qué demonio de hombre... éste!
Todo lo quiere saber.
Me gusta, sí señor.

LEAND. (Muy satisfecho.) Ya!
No es verdad que es una perla
y que da delicia el verla?

ISIDORO. Si, señor. (Como quien hace una gran concesion.)

LEAND. Ya estaba acá!
—Hola!
(Á Clemencia, que se aproxima seguida de Cármen y Javier.)

ESCENA VII.

DICHOS, CLEMENCIA.—JAVIER Y CÁRMEN, en el foro.

CLEM. No interrumpo, no.
(Desde el arco del centro.)
Vamos de paso.

LEAND. No importa.
Tu presencia aquí no corta
la conferencia. Antes yo
pensando estaba llamarte
porque el cónclave se aumente,
que en el negocio presente
tambien entras tú á la parte.

CLEM. Sí? (Bajando. Cármen y Javier siguen hablando, siempre á la vista del público.)

ISIDORO. Don Leandro, por Dios!
La fina y encantadora
sátira de esta señora
me espanta. Solos los dos
que lo trataran quisiera,
aunque despues á un careo
llamen á este pobre reo.

LEAND. Bueno, bien. De esa manera
antes del paso se sale.

ISIDORO. Señora?... (Saludándola.)

(Clemencia permanece muy pensativa.)

LEAND. Sin cumplimiento.
—Yo volveré en el momento
que en mi despacho le instale.
—De paso allí verá usté
(Marchando hácia la casa.)
aquel escrito...

ISIDORO. Ya estoy.
Se acabó?

LEAND. Se acaba hoy.

ISIDORO. Sí? (Entran en la casa.)

CLEM. (Qué es esto?)—Niños! Eh! (Llamándolos.)

ESCENA VIII.

CLEMENCIA, CÁRMEN, JAVIER.

CÁRMEN. Mamá?

CLEM. Se ha hablado bastante?

JAVIER. Pero usté, á qué se alejaba? (Sonriéndose.)

CÁRMEN. En nada nos estorbaba
que estuvieses tú delante.

CLEM. Pues ustedes á mí, sí.
No me gusta oir hablar cuando
me paseo meditando. (Fingiendo seriedad.)

CÁRMEN. Cómo nos quieres!

CLEM. Yo á tí!
—Eh! Se acabó la licencia
que les dí para charlar,
y vamos á celebrar
los tres una conferencia. (Pausa.)
—Hemos llegado á un terreno
en que es un contrasentido
que no entere á mi marido
de lo que pasa.

JAVIER. Sí.

CLEM. Bueno.
—Yo, quizás obrando mal,
he preferido auxiliarles
hasta hoy, por no crearles
un compromiso formal.
Queria así conseguir

que cuando á verse volvieran
de su porvenir pudieran
con libertad decidir.
El caso ha llegado ya,
y ahora consejo les pido.
¿Debo hablar á mi marido?

JAVIER. Sí, sí. (Rápido.)

CÁRMEN. Y al punto, mamá.

CLEM. Miradlo bien!...

JAVIER. Yo creeria
faltar sin eso á un deber.

CÁRMEN. Sí, que así veré á Javier
á todas horas del dia.
Díselo, mamá.

CLEM. Por mí...
Ustedes ciertos están
de que no lo sentirán?

CÁRMEN. Lo estamos.—Digo... yo, sí.

JAVIER. Yo tambien. (Sonriendo.)

CLEM. Lo sé, Javier.
Y ahora yo de usted exijo,
como una madre de un hijo,
que en todo me deje hacer.

JAVIER. Pues qué?... (Alarmado.)

CLEM. ¿Á qué he de conservar
con ustedes el secreto
de que el conseguir mi objeto
me va trabajo á costar?
Lëandro es todo un buen padre
y en serlo su gloria fija.
Lëandro quiere á su hija
mas que yo, que soy su madre.
Cármen es su mundo entero,
la ocupacion de sus ocios;
mas... los hombres de negocios
miran un *poco* el dinero.
Esto es corriente á su edad
y justo, pensando en ello,
que para esta quiera aquello
que él juzga felicidad.
Y así... siendo sus afanes
que á ser rica Cármen venga,

yo no extrañaré que tenga (Sencillamente.)
sobre este asunto otros planes.

JAVIER. Entonces... (Aterrado.)

CÁRMEN. Pero, mamá... (Id.)

CLEM. Esto es prevenir á usté.

CÁRMEN. Mas?...

CLEM. No temas. Le hablaré
y todo se arreglará.

JAVIER. (Con recelo.)
Mas si él quien soy me recuerda...

CLEM. Hace usted de calma acopio,
y no vendrá el amor propio
á hacer que todo se pierda.

CÁRMEN. No, no.

CLEM. (En tono de reconvencion.)
¿No fuera un dolor
y hasta accion digna de un loco
sacrificar á tan poco
tan santo y tan puro amor?
De ambos puede la desdicha
labrar con solo un murmullo...
¿Qué dicha nos da el orgullo
para inmolarle la dicha?

JAVIER. Señora, ante ese espectáculo (Decidido.)
lo que usted me mande haré.

CÁRMEN. Gracias.

CLEM. Es decir que usté
no opondrá ningun obstáculo.

JAVIER. Ninguno. (Con decision.)

CLEM. Usted quiere á Cármen (Rapidez.)
y es digno de ser querido.
Usted será su marido. (Con conviccion.)

CÁRMEN. Sí? (Gozosa.)

CLEM. No obstante, no se alarmen
si tarda el consentimiento,
ni teman por su reposo,
que convencer á mi esposo
no es cosa así del momento.
—Si luego al volverle á ver (Á Javier.)
algo á su pobreza alude,
usté á la paciencia acude
y calla, y no hay que temer.

Que alguna pulla embozada
suelta y con ella le acosa...
usted como si tal cosa;
usted no ha entendido nada.
Y si le causa sonrojos
oir alguna simpleza,
saque fuerzas de flaqueza
mirándose en estos ojos.
(Tomándole la cara á Cármen.)

JAVIER. Don Leandro! (Rápido.)
CLEM. Le espero aquí.
CÁRMEN. Tengo un miedo...
CLEM. En mí confia.
CÁRMEN. Vamos...
CLEM. Por ahí, hija mia, (Por la izquierd
y usted, Javier, por allí. (Por la derecha.)

ESCENA IX.

CLEMENCIA, LEANDRO, saliendo de la casa.

CLEM. (Á vencer me hallo resuelta, (Para sí.)
y no obstante estoy temblando.)
LEAND. Qué haces? (Muy gozoso.)
CLEM. Te estaba esperando.
LEAND. Pues héteme ya de vuelta.
¿No nota tu ojo avizor
en mí algo extraño, aunque grato?
CLEM. Sí, me ha extrañado hace un rato
verte de tan buen humor. (Rapidez.)
LEAND. Es que me rebosa.
CLEM. Sí?
¿Diste cima á alguna empresa?
LEAND. Á la que mas me interesa.
CLEM. Pues no me impacientes, dí. (Rapidez.)
LEAND. Á una gran satisfaccion
tu alma prepare aposento.
CLEM. Sí? (Pues que está tan contento
nunca mejor ocasion.)
Vamos, dí.
LEAND. Tu idea fija,
ya es realidad y muy grata.

CLEM. De que se trata?
LEAND. (Rápido.) Se trata
del porvenir de tu hija.
CLEM. Cómo?
LEAND. Te vas á encantar.
CLEM. Qué raro paralelismo!
LEAND. ¿Parale... (Clemencia le corta la palabra.)
CLEM. Es que de eso mismo
te iba yo hace un rato á hablar.
LEAND. Ah! Sabes?... ¿Ves qué fortuna?
¡Conque él te habló por su cuenta!
CLEM. Él! (Con extrañeza. Rapidez.)
LEAND. Por tenerte contenta.
No se le escapa ninguna!
Pero lo que no es tan llano
que sepas hasta el presente,
es que aquí, solemnemente,
me pidió ha poco su mano.
¿No sientes de llorar gana,
y un tierno indecible afan
al pensar que admirarán
su tren en la Castellana...
y que entre la gente toda
de la banca y la grandeza
brillará por su belleza
como reina de la moda?
Te confesaré un desliz (Conmovido.)
de mi ánimo poco firme,
y es que ya pienso en morirme,
pues la miro tan feliz!
CLEM. Pero explícate... es que ignoro...
(Y yo que habia creido!...)
Quién su mano te ha pedido? (Rapidez.)
LEAND. No lo sabes? Isidoro.
CLEM. ¡El conde!
LEAND. No te lo dijo?
Isidoro mismo, sí;
—ahora ya le llamo asi
tratándole como á hijo.—
CLEM. Trátale como te cuadre,
pero ese hombre—lo verás—
no la quiere. Eso jamás

se le ha escapado á una madre.
Conque la vista dirija
á ella quien nunca la vió,
—no lo dudes—ya sé yo,
con qué ojos mira á mi hija.
El padre quiere; á los padres
no hay cosa que se resista;
pero esta segunda vista
sola las tienen las madres.
Y lo verás, lo verás; (Con decision.)
cuando yo no lo he notado,
ni ese hombre nunca la ha amado
ni puede amarla jamás.

LEAND. Ya, ya entiendo. Tú querrias (Mofándose.)
que hecho un niño de andadores
se pusiera á echarle flores
y hacerle zalamerias.
Tan absurda pretension
hasta carece de nombre.
Eso no está bien á un hombre
de su edad y posicion.

CLEM. Leandro, eso no es verdad,
y lo sabes por fortuna.
Todo enamorado es de una (Con arrabato.)
posicion y de una edad.
No está el cariño en la flor
ni en esas miradas tiernas;
mas esas son las eternas
espansiones del amor.
Arráncale lo ideal
que juzgas necio al presente,
y te queda solamente
el deseo más brutal.
No cejo en mi idea fija
porque es verdadera y justa:
á ese hombre quizá le gusta;
pero no quiere á mi hija.

LEAND. Déjame á mí de tonteras
ya que á la dicha me entrego.
Prepara á Cármen, y luego
piensa de ello lo que quieras.

CLEM. Es que...

LEAND. Á todas igualmente
os falta algo aquí.—¡Un partido
como este! Vaya!
ISIDORO. (En la puerta de la casa.) (Han concluido.)
—¿Se da audiencia al delincuente?

ESCENA X.

DICHOS, ISIDORO, JAVIER, que se va luego.

LEAND. (Calla) Hola! (Yendo al encuentro de Isidoro.)
CLEM. (Llamándole por la derecha.)
(Pronto, Javier.
(Al aparecer este entre el ramaje.)
Márchese usted.)
JAVIER. (Pero...
CLEM. Al punto.)
(Váse Javier.)

ESCENA XI.

CLEMENCIA, LEANDRO, ISIDORO.

ISIDORO. (Á Clemencia y Leandro.)
No pregunto, no pregunto.
Es que me puse á leer,
y la impaciencia satánica
con que un fallo espera el reo,
me hizo arrojar á Lineo.
—Me dedico á la botánica.
CLEM. (En tono jovial y ligero.)
Reo, sé por la defensa,
—por cierto hecha con calor,—
sé decia, el mucho honor
que usté á la niña dispensa.
ISIDORO. Señora, ¿quién más honrado
que yo, si con sus favores...
CLEM. Va á pasar á más señores
la causa, aún no han sentenciado.
La niña ha de decidir
sobre un asunto tan grave,
y á estas fechas nada sabe.

LEAND. Él se lo debe decir.
ISIDORO Oh! sí señor; claro está.
LEAND. Eso á las chicas les gusta...
ISIDORO. No! Si es pretension muy justa.
Ya verá usted!...

ESCENA XII.

DICHOS, CÁRMEN, por el arco del centro.

CÁRMEN. (Que ha salido y se ha colocado junto á su madre.)
(Qué hay, mamá?)
LEAND. Cármen. (Reparando en ella.)
ISIDORO. (Yendo hácia ella con soltura exagerada.)
Cármen! Voz de miel
que en latin, por su armonía,
significa pöesía,
y en arábigo, vergel.
CÁRMEN. (Cortada.) Gracias.
LEAND. (Bien!
ISIDORO. Ya usted verá.)
CÁRMEN. (Á Clemencia.) (¿Qué hay?
CLEM. Silencio!
CÁRMEN. Es cosa dura
ignorar!...)
CLEM. (Interponiéndose entre Cármen y el conde, que se dirige á ella.)
Se me figura
que ya la sopa estará.
—Vamos para allá?
ISIDORO. Bien.
LEAND. Sí.
CÁRMEN. (Pero es que... (Á su madre.)
CLEM. Calla!)
CÁRMEN. (Y se enfada!
Ser una la interesada
y no saber tanto así!)
LEAND. Con unas cosas y otras
hoy se nos pasó á los dos
la hora.—Vamos?

(Haciendo que Isidoro se ponga el sombrero, durante lo cual dice Clemencia las palabras finales.)

CÁRMEN. (Qué hay?

CLEM. Que Dios tendrá piedad de nosotras!)

(Isidoro va á ofrecer el brazo á Cármen, y Clemencia se coge de él. Todos se dirigen á la casa.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete de pequeñas dimensiones: dos puertas al foro y una en cada costado. El mueble muy rico y propio de una habitacion de señora. Entre las dos puertas del foro, un precioso secreter: en el centro de la escena un velador con tablero de mármol blanco ó cubierto con un tapete de color claro.

La puerta izquierda del foro deja ver otro gabinete ó pieza de estudio de Cármen. En el fondo de este y junto á un balcon, que da á la calle, una mesita-escritorio.

La puerta derecha del foro, da á un pasillo que conduce á la calle y al despacho de D. Leandro, cuya puerta se verá frente al público.

El autor suplica al director que haga todo lo posible, porque la mas severa verdad sustituya á todo lo convencional de nuestros teatros.

ESCENA PRIMERA.

CLEMENCIA, JAVIER.

JAVIER. Y con los brazos cruzados,
(Con extrañeza y energia.)
quiere usted que mi desgracia
contemple sin dar siquiera
un paso por remediarla?

CLEM. No, Javier; lo que yo quiero

es que recobre su calma,
y á Cármen no comunique
los temores que le asaltan,
ya que he logrado hasta ahora
tenerla en mí confiada.

JAVIER. Pero esta vuelta á Madrid?...

CLEM. No reconoce otra causa
que facilitar al conde
ocasiones para hablarla.

JAVIER. Es decir... (Con desesperacion.)

CLEM. Que está pasando (Con calma.)
todo lo que yo pensaba.
Que su padre, persuadido
de que así su dicha labra,
no perdona medio alguno
para inclinar la balanza;
que ella débil de carácter,
luchando solo con lágrimas
y de su deber teniendo
una idea exagerada,
cäeria en el abismo
á que el cariño la arrastra
de un padre, aunque amante, ciego;
pero que para salvarla
tiene á su lado una madre
y un hombre que la idolatra.

JAVIER. Eso sí!

CLEM. Pero ella viene.
Por Dios, Javier, no alarmarla.

ESCENA II.

DICHOS, CÁRMEN por el foro izquierda.

JAVIER. Cármen?...

CLEM. Al fin te presentas?
Bien se hace esperar la novia.

CÁRMEN. Perdone usté.—Es que las niñas
de ahí enfrente, un cuarto de hora
en el balcon me han tenido.

CLEM. Si son lo mas fastidiosas...

CÁRMEN. Empeñadas en que ya

que ir no puedo á oir á Concha
al concierto de esta noche,
pasara al menos ahora,
que á ensayar van una pieza
con la que están medio locas.

CLEM. Y esa pieza se titula?...

CÁRMEN. *Les financiers.*

JAVIER. Una polka
de concierto al aire libre,
de esas que han logrado boga,
porque escritas con mostaza
pintan con ardientes notas,
(Con amargura y despecho.)
el torpe materialismo
que á la sociedad devora.

CLEM. Y has contestado á esas niñas?...

CÁRMEN. Que á ver á los de Mendoza
iba contigo ahora mismo.

JAVIER. Entonces... (Tomando el sombrero.)

CLEM. Aún hay de sobra
tiempo para esa visita,
que es por cierto bien penosa.
No ve una por todas partes
más que penas y congojas.

JAVIER. Pues qué les sucede?

CLEM. El chico,
que era su esperanza toda,
el único que les queda,
cayó anteayer á estas horas
con un ataque al cerebro,
y á cada instante empëora.

JAVIER. Y se quedarán sin hijo.
Es consecuencia forzosa.

CÁRMEN. Pero por qué?

JAVIER. Porque quieren
sacar de quicio las cosas.
Le hacen que el dia y la noche
pase estudiando; le acosan
para que no deje el libro;
y el chico brillantes notas
saca en todos sus exámenès,
y á cuantos le oyen asombra;

pero no corre, ni juega,
ni diablëa, ni alborota;
y como eso es á su edad
cosa tan debida y propia
y le falta, no está alegre,
ni crece bien ni se forma,
y á espensas del pobre cuerpo
el alma se desarrolla.
(Clemencia, que ha escuchado con vivo interés, se queda sumamente pensativa.)
Ese niño se les muere.
(Con la conviccion del hombre de ciencia.)

CÁRMEN. No, Javier; ven con nosotras
y sálvalo; tú le salvas
(Clemencia se ha dejado caer en una butaca.)
con que sus padres te oigan.

JAVIER. Ellos le hubieran salvado
sólo con hacer memoria
de que han sido niños; pero...
ya es tarde. (Con seguridad.)

CÁRMEN. Y si te equivocas?
Tarde era para mamá
cuando tu alma generosa
te impulsó á venir á vernos,
y está aquí.

JAVIER. En la misma fonda
y con la misma dolencia
ví á la par otra señora.
Lo recuerdas?

CÁRMEN. Pobre Emilia!
Allí murió aislada y sola
mientras su esposo en Paris
se divertia. (Con indignacion.)

JAVIER. Su historia (Con amargura.)
y la de ese pobre niño
son iguales. Á él le roban
(Clemencia levanta la cabeza y escucha conmovida.)
los goces de su edad propios
porque feliz sea en otra,
y á ella por hacerla rica
(Clemencia deja caer la cabeza.)
la unieron á una persona

que no la amaba, privándola
de cuanto halaga á una esposa
jóven y amante. Tu madre
vencer pudo sin demora
su enfermedad, porque era
mujer y madre dichosa;
mas la pobre baronesa
de Belestá opuso poca
resistencia al mal, porque
la medicina no obra
sobre las almas enfermas.
—Pero qué es eso, señora?

CLEM. Nada.

CÁRMEN. No: tú tienes algo:
te has quedado cabilosa.

CLEM. Pues bien, si: ha sido un recuerdo...
nada... ya sabes mis cosas.
—Tu pobre hermano Angelito
tenia la edad que ahora
tiene ese niño.

CÁRMEN. Mamá!...

CLEM. Javier, hoy á toda costa
(Levantándose, con mucha inquietud.)
es preciso que salgamos
de temores y zozobras.

CÁRMEN. Lo ves? Tratas de calmarme
y tú mas que yo te azoras.

CLEM. No, Cármen: es que hay momentos
en que da miedo que corra
el tiempo sin hacer nada
que á nuestros males se oponga.
Aquí tomar es preciso
una decision, y pronta.
Hoy va usté á hablar á Leandro,
que ya sérias quejas forma
de que nada usted le diga.

CÁRMEN. Díselo! Si papá toma (Con rapidez.)
á desaire tu silencio
mas se opondrá á nuestra boda.

JAVIER. Yo haré lo que ustedes quieran.

CLEM. Nuestra ausencia, aunque muy corta,
le dará bastante espacio

para hablar con él á solas.
Aguárdele usted ó vuelva.
JAVIER. Volveré.—Tiemblas, medrosa?
CÁRMEN. No sé.—¡Pero hemos de estar
hasta mañana á estas horas
sin saber si papá quiere!
CLEM. Preciso.
CÁRMEN. Ah!—Toma esta rosa.
Si al volver aqui la encuentro
cual te la doy, es que torna
á nuestros pechos la calma.
Mas si esparcidas sus hojas
hallo aquí y allí, es que quedan
mis dichas cual ella, rotas.
Adios.
CLEM. Sepa usted oirle. (Al estrecharle la mano.)
JAVIER. Sé callar.—Adios.—Señora?...

ESCENA III.

CLEMENCIA, CÁRMEN.

Cármen permanece un momento en la puerta del foro por donde se va Javier. Clemencia vuelve á quedar pensativa.

CLEM. (Emilia... El niño...)
CÁRMEN. (Bajando.) Qué tienes?
CLEM. Yo? (Sobresaltada.)
CÁRMEN. Si.
CLEM. Qué quieres que tenga?
CÁRMEN. No lo sé... Pero vosotros
me ocultais algo.
CLEM. Qué idea!
—Vamos, vamos: á vestirte,
que hemos de salir, tontuela.
CÁRMEN. Te conozco! Si no sabes
disimular. Tu tristeza;
la preocupacion que he visto
en Javier; su cara séria;
su misma conversacion
á nuestro amor tan ajena...
¿Es, mamá, tal vez, que debo
dar mi esperanza por muerta?

CLEM. No, hija, no. Tú ves las cosas
conforme á tu inesperiencia.
Cuando se casa una hija,
por mas á gusto que sea,
siempre hay algun temor vago;
la separacion afecta;
lo que era de una, va á ser
del marido mas que de ella:
solo entenderás bien esto
si á tener una hija llegas.
CÁRMEN. Si, pero... ¿y Javier?
CLEM. Javier?
Pónte en su lugar, y piensa
que á dar va el paso mas serio
de su vida. Tú contemplas
el matrimonio tan solo
por la parte santa y bella
del amor; pero él es hombre,
y sabe bien lo que cuesta
esa parte positiva
que da á veces tantas penas.
Los cuidados que hoy no tiene;
las obligaciones nuevas...
todo esto, no poseyendo
mas bienes que su carrera,
debe preocuparle mucho:
más, es bueno que asi sea.
Si hoy tu mano le conceden,
mañana en tu subsistencia
tiene que pensar, y luego...
luego en la de los que vengan.
CÁRMEN. Mamá!—Ya tú me has contado
(Bajando los ojos.)
la estrechez y la pobreza
con que al principio vivisteis
tú y mi papá; y bien resuelta
á tomarte por modelo,
tal perspectiva me alegra.
Seré como tú económica;
como tú cara risueña
pondré á esos pequeños males;
y tranquila y satisfecha

con el amor de mi esposo,
¡gala que siempre se estrena!
con lo que en casa tengamos,
con eso estaré contenta.
Pues si tan solo los ricos
fueran felices, la tierra
ser deberia un infierno,
porque lo que abunda en ella
son los pobres.

CLEM. Si, hija mia.
Y si casas sin riquezas,
puedes llegar á adquirirlas;
(Con profunda conviccion.)
mas si sin amor entregas
tu mano á un hombre, ya sabes
que adquirir amor no esperas.
Por eso tu afecto apoyo, (Mucha intencion.)
porque sé que es la opulencia
en la vida un accidente,
y amor es la vida entera.

CÁRMEN. Y el desaliento que noto
en vosotros, no lo engendra
el temor de que privada
de ese cariño me vea? (Conmovida.)
Habla por Dios, mamá mia,
no importa que yo lo sepa.
Estoy prometida al conde?

CRIADO. El señor conde de Elna (En el foro derecha.)
ver desea á las señoras.

CLEM. Ve á vestirte.

CÁRMEN. Pero...

CLEM. Cesa.
—Di al señor conde que pase. (Váse el criado.)

CÁRMEN. Pero...

CLEM. Vete, y nada temas.
(Váse Cármen por la puerta derecha.)

ESCENA IV.

CLEMENCIA, ISIDORO.

ISIDORO. Clemencia?...

CLEM. Conde, adelante.
ISIDORO. Tan solita?
CLEM. Si señor;
Cármen á su tocador
se ha marchado hace un instante.
Siéntese usted.
ISIDORO. Desdichado
con su ausencia me creyera
si desdicha haber pudiera
estando de usted al lado.
CLEM. Si?
ISIDORO. Lo siento cual lo digo;
y es verdad harto sabida,
que no he negado en mi vida
su mérito á un enemigo.
CLEM. ¿Yo su enemiga de usté!
ISIDORO. Ojalá que me engañara;
ó al menos adivinara,
para enmendarme, él por qué.
Le estoy siendo á usted odioso,
y de ello da claro signo
en considerarme indigno
de ser de Cármen esposo.
CLEM. Pero es que ese cargo es vano.
Dónde ó cuándo he dicho yo?...
ISIDORO. Vano, eh? Pues á que no
me concede usted su mano?
CLEM. Oh!... Lo que es por mí...
ISIDORO. Si, si.
Y *por mi* ¿es una respuesta?
Vamos! Á usted que le cuesta
decir *si?* Imíteme á mí,
que con mi voz melodiosa
del Congreso en los escaños,
durante seis largos años,
jamás he dicho otra cosa.
CLEM. Es lo mas original
(Sin poder contener la risa.)
que en toda mi vida he oido.
ISIDORO. ¡Qué original? Traducido!
El diputado formal,
es el mismo aqui que allí,

lo que le distingue es,
que si es inglés, dice: «*yes;*»
y si nació en Francia, «*oui.*»

CLEM. Siempre de broma! (Riéndose.)

ISIDORO. De broma?
Pues vaya—en definitiva.—
Me da usté esa afirmativa
en este ó aquel idioma?

CLEM. Aun siendo tal mi deseo,
usté es quien va á desistir
en cuanto me llegue á oir.

ISIDORO. Dificililllo lo veo.

CLEM. No le ofenda en ningun modo
una franqueza que fundo,
en que al que es hombre de mundo
puede decírsele todo.
Con su gracia, su buen seso
y su porte distinguido,
es usted un gran partido
para una mujer... de peso.
Aun cuando en mas de una lista
de Cresos, siempre metódicos,
aun le llamen les periódicos
el jóven capitalista,
tener debe usted en cuenta,
aunque años asi le roben,
que va usted siendo ya un jóven
de veinte y cinco á... cincuenta.

ISIDORO. Celebro que este debate
tome un giro tan esplícito;
y aunque á usted pensar le es lícito
que estoy fuera de combate,
yo, si en mi favor aquí
sopla alguna buena racha,
sé que aun puede una muchacha
prendarse un poco de mí.

CLEM. Aunque me juzga enemiga,
eso con pesar no escucho,
antes bien celebro mucho
que la buena *racha* siga.

ISIDORO. Agradezco... (Tá, tá, tá!...)
(Tomando el tono zumbon de Clemencia por des-

pecho.)
CLEM. Sé que aun puede usted vencer.
ISIDORO. (Vamos, tendremos que hacer
el amor á la mamá.)
Bien: pues si eso me concede
quien como usted tanto vale,
que no tiene quien la iguale;
¿como que me quiera puede
ponerse siquiera en duda
otra menos seductora,
otra menos... Ay, señora,
si estuviera usted vïuda!
CLEM. Jesus!
ISIDORO. Qué?
CLEM. Que me santiguo.
—Mire usted bien lo que habla,
que hacer el amor... por tabla
es del régimen antiguo.
ISIDORO. Pero ha pensado quizá?...
CLEM. Que echa usted muy mal su cuenta,
porque me hallo muy contenta
con mi papel de mamá. (Mucha frialdad.)
—Hablemos, pues, en razon
como á nuestra edad conviene.
Conde, mi Cármen no tiene
libre ya su corazon.
Su padre la mortifica
para que le quiera á usté,
y esto, como bien se vé,
no puede hacerlo la chica.
Hablándole sin disfraz
cumplo mi deber de madre.
Con que haga usted que su padre
la deje vivir en paz.
ISIDORO. Es decir?...
CLEM. Que ya querer
no puede á ninguno ahora.
ISIDORO. Oh!... dispense usted, señora;
lo que es eso... está por ver.
CLEM. ¡Qué! No da usted gravedad
á lo que por mí ha sabido?
ISIDORO. Y qué chica no ha tenido

amorcillos á su edad?
Conquistar en buena lid
un corazon, sí lo espero.
¿Mas ser en él el primero!...
¡Pues bonito está Madrid!
—Ahora añadiré, aunque sobre,
que ya desistido hubiera
al oir á usted, si fuera
Cármen la rica y yo el pobre.

CLEM. (Con cierta repugnancia.)
Cuando hace usted tal acopio
de razones, es que insiste...

ISIDORO. En no hacer un papel triste.
Esta es cuestion de amor propio.
Será una debilidad
muy necia—convengo en ello;—
mas siempre deseo aquello
en que hallo dificultad.
Y esa misma oposicion
que usté hacerme se propone,
hace que mas ambicione
de Cármen la posesion.

CLEM. Ya mi franqueza deploro (Con cierto desden.)
puesto que tanto le hostiga.

ISIDORO. No paro hasta que me diga:
«Te quiero mucho, Isidoro.»

ESCENA V.

DICHOS, LEANDRO, foro derecha.

LEAND. Buen contraste! Ustedes dos (En el foro.)
tratando aquí de un consorcio,
mientras yo entablo un divorcio
en la audiencia.—Conde, adios!

ISIDORO. Qué tal?

LEAND. Bien.

CLEM. Y quién es ella?

LEAND. La chica de don Nazario...
Sabes?—Aquel boticario...

ISIDORO. Y él el marqués de Corella?

LEAND. Justo.

ISIDORO. Uf!... si dió que hablar

esa boda...

LEAND. Es que logró
la niña una suerte!... (Con algo de envidia.)

SIDORO. Oh!...

LEAND. Pues se quiere divorciar.

CLEM. Si? Siendo él tan opulento?
(Con mucha intencion.)

LEAND. (Hum!...) (Arranque de ira.)
(Separándose bruscamente de ella y dirigiéndose á Isidoro para cortar la conversacion al comprender la intencion de Clemencia.)
—Lléguese usté un instante
al despacho; que el pasante
terminó aquel documento.

ISIDORO. Pues voy á firmar.—Capítulo
de otra cosa.—¿Gustó el nombre
de la nueva empresa?

LEAND. (Con alguna repugnancia.) Hombre!...

ISIDORO. ¡*La esplotacion mútua*... es título,
que dando augurios risueños
para sus vastos negocios,
va á hacer que tenga por socios
á todos los madrileños.
(Saluda rápidamente y desaparece por la puerta del despacho.)

ESCENA VI.

CLEMENCIA, LEANDRO.

LEAND. Por mas pullas encubiertas
(Al ver desaparecer á Isidoro se dirige rápidamente á Clemencia.)
que lances, vencida al verte,
ese muchacho es la suerte
que se entra por nuestras puertas.

CLEM. Para otra puede que sí.
Mas Cármen á otro prefiere.

LEAND. Qué sabe ella lo que quiere!

CLEM. Vaya! (Rapidez.)

LEAND. Me dirás tú á mí!...
Pues estaria bonito (Fuera de sí.)

que porque diga á «este quiero,»
plantáramos á un banquero
por aquel caballerito!

CLEM. Bien, hombre: no te acalores.
Todo aqui es causa de riña.

LEAND. ¿Y he de sufrir que la niña (Fuera de sí.)
se pierda por sus amores?
Ni que fuera yo tan tonto
como aquel tocayo mio,
que por no sé qué amorio
pasó á nado el Helesponto.

CLEM. Pero parte del supuesto
de que ella ya se ha fijado.

LEAND. Ah! bien! Y habré trabajado
tantos años para esto!

CLEM. No es un partido brillante...

LEAND. Pues ya lo creo que no! (Sulfurado.)

CLEM. Mas mira, Leandro; yo
me casé con un pasante. (Señalándole.)
Si es que tú tienes razon,
y porque algo adelantamos
á un médico rechazamos,
(Recalcando mucho las palabras.)
siguiendo esta progresion,
mi hija, enlazada á un banquero,
dar debe la suya á un duque,
que á nuestra viznieta eduque
para un príncipe heredero...
Y así, sin dar golpe en vago,
tronco seremos un dia
de la nueva dinastia
de los Lopez de Buitrago!

LEAND. No! si ya yo sé tu afan.
Mucho amor! Pero es preciso
que hagamos un paraiso
en que anden Eva y Adan;
porque en este mundo fiero
—perdona que lo recuerde—
no se usa aquel traje verde
que no costaba dinero.

CLEM. El dinero!—ese es tu blanco. (Estallando.)
Y á fé que, si da en llorar,

puede sus ojos secar
con un billete de banco.

LEAND. Bah! Dejémonos de cuentos, (Rapidez.)
que esto es razonar á tiros.
¿Quieres que almuercen suspiros
y que coman sentimientos?

CLEM. No, no, si no es eso.

LEAND. No?
—Pues di lo que quieres—venga.—

CLEM. Lo que yo quiero es que tenga
lo que tuvimos tú y yo.

LEAND. Ah! ya! Miseria? (Rapidez.)

CLEM. No tanto.

LEAND. Apuros?

CLEM. Que concluyeron.

LEAND. Deudas?

CLEM. Que ya se estinguieron.

LEAND. Pobreza?

CLEM. ¡Cariño santo!!

LEAND. Bien: ese es el idealismo (Con desprecio.)
que hundió Cervantes de un bote.

CLEM. ¿Cuándo vendrá otro Quijote (Energia.)
que mate al materialismo!
(Con santa indignacion.)

LEAND. Ves? Te exaltas y me exaltas,
y esto es por demas punible.
Que tengo el genio irascible?
Pues, señor, cubre mis faltas.

CLEM. Mira: esta es la vez primera
—y la última, Dios mediante,—
que turba la paz constante
de esta casa una quimera.
Á todo te digo amen
y así tranquilos estamos;
mas hoy, que aquí ventilamos
(Mucha energia.)
de nuestra Cármen el bien,
ni esperar debes que ceda
á lo que ella hacer resiste,
ni poder humano existe
que de mí lograrlo pueda!

LEAND. Pero...

CLEM. Vamos á salir
tu hija y yo, y segun tratamos,
en tanto que fuera estamos,
Javier la vendrá á pedir.
Tú que amor le manifiestas
y que entre las gentes vives,
verás cómo le recibes,
y sabrás qué le contestas.
LEAND. Y ese hombre cómo se atreve?... (Ciego de ira.)
CLEM. Sea cualquiera el partido
que tomes, habrá cumplido
con lo que á un padre se debe.
LEAND. Y qué hacer entre unos y otros?
CLEM. Calmarte y ver qué le dices. (Dulcemente.)
¿Por qué no han de ser felices
como lo fuimos nosotros?
¿Es que abrigas el temor
de que por el pan se afanen?
Pues deja que se lo ganen
y así les sabrá mejor.
LEAND. Pero ven acá, mujer; (Frenético.)
ven acá, loca de atar.
¿Para que se ha de ganar
lo que se puede tener?
¡Hacer á Isidoro ascos!...
Te aconseja Belcebú!
CLEM. Ella... (Con rapidez.)
LEAND. No es ella! Es que tú
me la levantas de cascos.
CLEM. Calla, que he sentido abrir,
y por si fuera Javier
me marcho.
LEAND. Vamos á ver. (Rapidez.)
¿Y qué le voy á decir?
CLEM. Que los unes á los dos.
LEAND. No me hagas salir de quicio!
CLEM. Lëandro, Lëandro, juicio,
y no tentemos á Dios! (Con solemnidad.)
(Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

LEANDRO, JAVIER. Las pausas de esta escena las marcará el director.

LEAND. Estas mujeres!... (Ciego de ira.)
JAVIER. (En el foro derecha.) Se puede?
LEAND. Oh!... pase usted, Javierito.
—Qué tal? (Con afabilidad forzada.)
JAVIER. Bien. ¿Y usted? (Se sientan.)
LEAND. Pasando.
Estos cambios repentinos!...
JAVIER. Es que este Madrid...
LEAND. Ya, ya!
—Y qué hay de nuevo?
JAVIER. No he oido...—
LEAND. —Sale usted este verano!
JAVIER. No, señor.—
LEAND. Pero, hombre, ¡ha visto
usté ese crímen de anoche?
JAVIER. Ni entre cafres!—
LEAND. Y hay indicios
de que esta gente se vaya?
JAVIER. Esas voces han corrido,
mas por hoy...
LEAND. Los desahuciados
se mueven.
JAVIER. Si: los destinos...
LEAND. —Ah! Ruego á usted que dispense
si ir á verle aun no he podido.
JAVIER. Calle usted! Entre nosotros!...
LEAND. —Y hoy vuelve á sentirse el frio.
JAVIER. Algo.
LEAND. —Fuma usted papel? (Ofreciéndole.)
JAVIER. Si.—Gracias.
(Dándole el cigarro para que encienda. Leandro toma el fósforo.)
LEAND. Deje cumplidos.
JAVIER. —Pues señor...
LEAND. (Cayó la bomba!)

JAVIER. Supongo á usted prevenido
del objeto con que vengo.
Su señora le habrá dicho...

LEAND. Si; me ha insinuado algo. (Fumando.)

JAVIER. En ese caso imagino
que á darme ó no darme á Cármen
estará usted decidido.

LEAND. Hombre, no: eso hay que pensarlo...
No es puñalada de pícaro.

JAVIER. Hábleme usted con franqueza.
—Yo, á la verdad, no soy rico;
pero una carrera tengo
de la que con honra vivo,
y, no descansando un dia,
dará mi trabajo asíduo
para que, segun su clase,
vivan Carmela y sus hijos.

LEAND. ¡Y quién habla de eso ahora?

JAVIER. Conteste usté y sea esplícito.

LEAND. —¿Me hace usted favor del fuego? (Enciende.)
—Gracias.—Pues, amigo mio,
yo por su bien intentaba
retardarle un disgustillo, (Fumando.)
porque, la verdad, me encuentro
en un grave compromiso.
Sabe usted que en esta casa
se le quiere como á un hijo,
y que cuanto tengo y valgo
con el alma le he ofrecido;
pero la mano de Cármen
prometida está de antiguo,
—y diré á usted más—á un hombre
que es un soberbio partido.

JAVIER. Pero...—dispénseme usted,
que sin duda no me esplico.—
Yo para dar este paso
tengo de Cármen permiso.

LEAND. ¿Quién hace caso de chicas!

JAVIER. Está usted, pues, decidido?

LEAND. Lo siento; pero no puedo
pasar por otro camino.
Perdone usted; y si en algo...

JAVIER. Yo á mi vez perdon le pido
(Empieza á deshojar la rosa.)
si, por lo que á Cármen debo,
de mi empeño aun no desisto.
La ley, á los veinte años (De pié ya.)
casar la deja á su arbitrio,
sin que retardar la boda
pueda el voto negativo
del padre mas que tres meses.
Esperaremos tranquilos
dos años, y si ella entonces...

LEAND. Esperar!... no sea usted niño.
—Y si ella se casa antes?

JAVIER. Volveré á cruzar el Ismo;
y en Asia puede que encuentre,
si no curacion, alivio.

ISIDORO. Futuro suegro, ya queda
(Sale precipitadamente por la puerta del despacho.)
aquello del todo listo.
—Beso á usted...—(Por qué me pone
cara *feroche* este chico!)
(Javier arroja la flor sin acabarla de deshojar, al oir á Isidoro que llama «suegro» á Leandro.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ISIDORO.

JAVIER. Adios. (Á Leandro.)
(Javier saluda con la cabeza á Isidoro y mirándolo con ira. Isidoro le contesta de una manera impertinente.)

LEAND. Con que sin reparo.
Si de algo sirvo... (Dándole la mano.)

JAVIER. ¡Por Dios!
(Suplicante, y haciendo un esfuerzo para dominarse. Bajo.)

LEAND. Nada: con franqueza!
(Le acompaña muy afectuoso hasta la puerta.)
Adios...
y no se venda tan caro.

ESCENA IX.

LEANDRO, ISIDORO.

LEAND. Que por el mundo importuno
tenga uno que tolerar!...
(Bajando ciego de ira, al ver desaparecer á Javier, y dirigiéndose bruscamente á Isidoro.)
Diga usted, es regular
que así le traten á uno?
ISIDORO. Pero qué?... (Atónito.)
LEAND. Que vis á vis, (Rapidez.)
ese mozo que se ha ido
á Carmela me ha pedido!
ISIDORO. Á Carmela?! Qué pais!
LEAND. Y qué dirá usted de un yerno, (Furioso.)
que con sus dichos me prueba,
que se ha aprendido la nueva
ley de Disenso paterno?
ISIDORO. Qué puedo decirle yo? (En el mismo tono.)
Que eso ya es un sinapismo,
que haria saltar al mismo
Moyano que la engendró!
LEAND. Pues así ha pasado, así! (Rapidez.)
Si es lo que ya no se vé!
ISIDORO. Irse con leyes á usté! (Casi á un tiempo.)
LEAND. Vea usted, leyes á mí!
ISIDORO. Si esto tiene echado el fallo! (Rapidez.)
LEAND. Si aquí no hay clases, ni fueros;
y todos son caballeros
y nadie tiene caballo!
ISIDORO. —De seda siento el crujido.
LEAND. Ahí estan.
ISIDORO. Que no haya riña.

ESCENA X.

DICHOS, CLEMENCIA, CÁRMEN por el foro derecha.

CÁRMEN. (Se fué.) Adios, papá.
(El aparte, al aparecer en el foro.)

LEAND. (Con sequedad.) Adios, niña.
CLEM. Conde?... (Qué habrá sucedido!?)
(Mucha ansiedad.)
ISIDORO. Clemencia?...—Usted mas hermosa,
cuanto mas desapiadada. (Á Cármen.)
CLEM. (Qué tienes?
LEAND. Déjame.—Nada.)
(Lo primero con mucha sequedad.)
CÁRMEN. Gracias... (Dónde está la rosa?)
(Se quita el sombrero ó velo.)
ISIDORO. Me huye usted?
(Al notar las miradas vagas de Cármen, que busca con ansiedad infantil la señal convenida.)
CÁRMEN. Oh! no, señor.
Es que... (Aturdida.)
ISIDORO. Pues no siendo asi,
interceda usted por mí
con su hermanita mayor.
(Señalando á Clemencia.)
LEAND. Responde, que ante testigos
te galantean, mujer.
(Celebrando la galanteria de Isidoro.)
CLEM. El conde siempre ha de ser....
ISIDORO. Justo con sus enemigos.
LEAND. ¿Cómo!? (Volviendo á su estado violento.)
CLEM. Es largo de contar.
LEAND. (No acierto á tenerme á raya.)
CLEM. (Cuando Carmela se vaya,
tenemos los tres que hablar.)
(Rápidamente á Isidoro.)
CÁRMEN. Ah!—Deshojada!
(El «Ah!» casi imperceptible, apoyándose en un mueble al vacilar.)
CLEM. Hija!
(Pasando rápidamente á su lado.)
ISIDORO y LEAND. Qué?
CÁRMEN. (Todo acabó para mí.)
LEAND. Pero qué sucede aquí? (Violencia.)
CLEM. Nada. (Vamos.) (Á Cármen, muy por lo bajo.)
ISIDORO. Hable usté.
CLEM. Cosas de chicas. (Valor!) (Id.)
ISIDORO. Pero no comprendo...

LEAND. Acaba.

CLEM. Ella su dicha cifraba
en la vida de esa flor.
(Señalando á la rosa, que conservará muy pocas hojas en el tallo. Isidoro la recoge estupefacto y se la entrega á Cármen, que continúa inmóvil con la cabeza sobre el pecho.)

LEAND. Bah! mimos!—(Al Criado.) Qué?
(Al volverse vé al criado, que ha aparecido un momento antes en el foro.)

CRIADO. (Desde el foro.) Una señora
espera al señor.

LEAND. Bien, bien.
—Dáme acá.
(Tomándole la tarjeta que trae en la mano.)

ISIDORO. Señora? Y quién?...
(Á Leandro rápidamente, y haciendo que va á ver el nombre de la tarjeta.)
(No se vaya usted ahora.

LEAND. Cómo! Hay algo extraordinario?

ISIDORO. Silencio.)—Á ver! Quién es ella?
(Afectando malicia.)

LEAND. La marquesa de Corella. (Leyendo.)

ISIDORO. La chica del boticario. (Con desden.)

LEAND. Qué plaga de litigantes!

CLEM. (Que busca un pretesto para alejar á Cármen.)
Si tienes que hacer irá
Cármen y la entretendrá.
(Á Cármen rápidamente.)
(Sécate esos ojos antes.)

ISIDORO. Si, si.
(Leandro consulta con la mirada á Isidoro.)

LEAND. Bien.—Dile que no
me haré esperar.
(Cármen se dirige al foro, é Isidoro que se interpone entre ella y la puerta, le dice con marcada afectacion lo siguiente:)

ISIDORO. Y yo puedo
esperar algo sin miedo
á una negativa?

CÁRMEN. Yo...

ISIDORO. Un *no* equivalente á un *vete*

en esos labios de miel, (Con exageracion cómica.)
me asombrára mas que aquel
famoso ¡*no*! de Negrete.
(La saluda. Cármen desaparece por el foro derecha.)

ESCENA XI.

CLEMENCIA, LEANDRO, ISIDORO.

LEAND. No perdamos tiempo en vano. (Rapidez)
—Esa rosa deshojada...
CLEM. Es la señal concertada
de que has negado su mano.
ISIDORO. Ah! ya! (Sonriéndose.)
LEAND. Y el otro acertijo
de enemistad?...
ISIDORO. En esencia
significa que Clemencia
se niega á llamarme hijo.
LEAND. Por creerle á usted superior
(En tono de disculpa.)
á Cármen.—Esta por base
toma la igualdad de clase. (Á Isidoro.)
CLEM. No, no; la igualdad de amor. (Con energia.)
LEAND. Mujer! (Exaltándose.)
ISIDORO. Deje usted que hablemos.
LEAND. Pues hago yo lo contrario?
CLEM. Dispensa, que es necesario
que todos nos espliquemos.
—Yo, de ninguna manera,
como puedes inferir,
al conde deseo herir;
pero en boda y en carrera,
actos de libre eleccion,
toca, segun uso añejo,
á los padres el consejo
y al hijo la decision.
ISIDORO. La eleccion campo es legal
abierto á las opiniones...
mas... ¿ha visto usté elecciones
sin influencia moral?

Con ayuda del poder
siempre á luchar me he lanzado:
así salí diputado,
y así marido he de ser!
(Echando el brazo por encima del hombro á Leandro.)

CLEM. Si Cármen gustosa accede,
nada que oponerles tengo.

LEAND. Ya! (Con sorna.)

ISIDORO. Gracias. (Id.)

CLEM. Mas les prevengo
que eso suceder no puede.
(Leandro, violento, no sabe cómo dar otro giro á la esplicacion de Clemencia.)
Nacido en la adolescencia
ese amor cuerpo ha tomado,
y su firmeza han probado
dos largos años de ausencia.
¿Quién la poesia inocente
borra de afecto tan bello?!

LEAND. ¿No dije! Ya salió aquello!
(Haciendo que lo toma á broma.)
¡Conoceré yo á mi gente?

ISIDORO. Calle usted! Siga el poeta
su dulce drama de amor.

LEAND. No! que á salir va el traidor
(Con terror cómico y mirando alrededor de sí.)
por una puerta secreta!

CLEM. Te mofas; pero es de tí.
(Indignada al ver tomar en broma el amor de su hija.)
Por mas que de esto te rias,
cuando tú su edad tenias
siempre me hablabas así. (Muy marcado.)

ISIDORO. Usted! (Riéndose.) Daria por verlo...
¡Don Leandro, usted tan formal... (Rie.)
¡Qué pensará el tribunal
si un dia llega á saberlo!
(Riéndose y señalándolo con el dedo.)

LEAND. Tambien usted de rechazo
da contra mí? Estoy yo bien!

CLEM. No, si hablo con él tambien.
(Si cayeran en el lazo!...)

ISIDORO. ¡Conmigo?

CLEM. Á sus mil conquistas
habló así á los veinticinco.

LEAND. ¿Usted! ¡No darán mal brinco
al saberlo los bolsistas!
(Riéndose y en el mismo tono con que Isidoro se mofó de él.)

CLEM. Con todos habla mi cuento:
todos tienen una fibra
á esa edad, que dulce vibra
al soplo del sentimiento.
(Isidoro cruza una mirada con Leandro y sopla sin que lo vea Clemencia.)
¿Quién no fué poeta así?!

LEAND. Un millon: entre ellos yo.

CLEM. No?

LEAND. No, no, y mil veces no.

CLEM. (Él se me entrega.) Á que sí?
¿Á que, aun hoy que ya te apartas
de esa edad sensible y pura,
te hago llorar de ternura
leyéndote un par de cartas?
(Leandro, que quiere seguir de broma, da un pas atrás.)

ISIDORO. (Del niño! Vamos andando.) (Para sí.)

LEAND. Quita, mujer!

ISIDORO. Que las lea!
(Á Leandro, frotándose las manos.)
No escuse usted la pelea, (Muy zumbon.)
que le estan desafiando.

CLEM. Son de un incógnito.

LEAND. Ya!
(Cruzando una mirada con Isidoro.)

CLEM. Á quien todos conocemos
y tú y yo mucho queremos.

ISIDORO. Que se lean!

LEAND. Es que...
(Indicando que le esperan.)

ISIDORO. Bah!
—Si así presiente un desastre
no sale del duelo vivo.

LEAND. Las tendrás ahí... (Señalando al secreter.)

CLEM. En mi archivo.

(Siguiendo el tono zumbon de él.)

LEAND. Justo.—En su cajon de sastre. (Á Isidoro.)

ISIDORO. Conque un incógnito, eh?

(Codeando á Leandro.)

LEAND. Y le conocemos todos.
(Deje usté el tacto de codos,
que ya le comprendo á usté.)

CLEM. Abro?... (Metiendo la llave en el secreter.)

LEAND. Si... (Buen rato!

ISIDORO. Rico!)

LEAND. Te ayudo?

(Yendo hácia el foro con este pretesto para cruzar el aparte con ella.)

CLEM. No; yo sé en donde...

(Que está buscando.)

LEAND. (No hagas que se ria el conde
á costa del pobre chico.)

(Al oido de Clemencia: baja rápidamente.)

CLEM. (Al freir será el reir.) (Entre dientes.)

ISIDORO. (Demos un golpe á su aplomo
con el ridículo.

LEAND. Cómo
nos vamos á divertir!

ISIDORO. Chist.)—Parecen?

CLEM. Estas son.

(Desatando un paquetito y sacando dos cartas de él.)

LEAND. (Seriedad.

ISIDORO. Mucha tiesura.)

CLEM. Veremos si su lectura
pone fin á la cuestion.

LEAND. Aunque á escucharlas resuelto,
las cartas no me acobardan,
sé breve, porque me aguardan;

CLEM. Leeré algun párrafo suelto.

(Lee.) «En medio de la soledad en que me »encuentro, cuando cerrando los ojos veo »tu imágen querida y me transporto á los »primeros dias de nuestro amor, paréceme »verte como te veia en medio de las flores »de tu ventana, tíbiamente iluminada por un »rayo de la pálida luna, tan hermosa y tan

»fantástica con tu flotante ropaje, como una
»de esas ninfas de la verde Erin, de que nos
»hablan los armoniosos cantares de los anti-
»guos bardos.»

(Clemencia lee la carta sin afectacion, pero marcando mucho todas las frases mas salientes. Debe haber algo en la lectura de las entonaciones de la declamacion romántica. Leandro é Isidoro acompañan la lectura pintando con la accion los objetos y comprimiendo la risa.)

ISIDORO. Cómo flota ese ropaje!
—No comienza usté á llorar?

LEAND. Calle usted, que ahora va á hablar
del Asia ardiente y salvaje!

ISIDORO. Siga usted.

LEAND. Sigue, que escucho.

CLEM. Salto un párrafo y prosigo.

LEAND. ¡Es delicioso el amigo!

CLEM. Pues oye... que aun falta mucho.
(Lee.) «Si lo que temes es verdad, una tum-
»ba (Leandro é Isidoro hacen un movimiento cómico
»al oir la palabra «tumba».) es solo lo que ape-
»tezco: una tumba, sobre la que tú vendrás
»á derramar lágrimas y flores amarillas, á
»la sombra de un lúgubre sauce ó de un ci-
»prés funerario.» (Ha seguido el juego de los dos.)

ISIDORO. No le da á usté un parasismo?
(Con el pañuelo en la mano.)

CLEM. Aguarden, que acabo ya.

LEAND. Pero ese muchacho está
en pleno romanticismo!

ISIDORO. El sauce! (Ahogado por la risa.)

LEAND. ¿Y no nombra á Petra
ó á Juana ese nuevo Apolo?
(Aproximándose á Clemencia, riéndose á borbotones.)

ISIDORO. Já... já.
(Riéndose y apartándose á un lado, como queriendo ocultar la risa.)

CLEM. (No! Á Clemencia solo.
Mira! Es tu letra, es tu letra!
(Muy por lo bajo y enérgicamente.)

LEAND. ¿Cómo!)

ISIDORO. Qué hombre tan aleve! (Riendo.)

LEAND. Mucho! Mucho! (No te rias!
(Fuera de sí á Clemencia.)

CLEM. Esto es lo que me escribias
en el año treinta y nueve.
(Mostrándole la fecha. Mucha entereza y claridad.)

LEAND. Calla!)

ISIDORO. Siga.

LEAND. (Basta ya!
(Muy enérgicamente á Clemencia.)
Por harto tiempo he sufrido!...)

ISIDORO. Calle! ¿Está usted conmovido?! (Riéndose.)

LEAND. Yo!—(No sigas!) Já, já, já.
(Lanzando una carcajada al ver que Isidoro lo observa.)

CLEM. (Lee.) «Tu padre! Y qué padre no es un tira»no? Apegados á los goces materiales, todos »quieren que sus hijos, jóvenes y fogosos, »vean el mundo como ellos, á través del frio »prisma de la helada ancianidad.»
(Palabra por palabra.)

ISIDORO. Habla con usted, compadre!
(Ahogado por la risa.)

LEAND. Si!... Me convierte en un bú! (Con ira.)
(Basta! (Rápidamente á Clemencia entre la ira y la risa forzada.)

CLEM. Es tu letra! Eres tú (Rapidez)
quien trataba así á mi padre!)

ISIDORO. ¡Tirano usted! Qué ocurrencia! (Riéndose.)

LEAND. Ya... (Haciéndose mucha violencia y riendo de rabia.)

CLEM. (Ves como tú á su edad
sentias necesidad
de querer?

LEAND. Basta, Clemencia!) (Ya ciego de ira.)

ISIDORO. Siga, que esto va marchando.

CLEM. Temo cansar...
(Por Leandro á quien observa de hito en hito.)

ISIDORO. No por cierto.

LEAND. No, hija, no: si me divierto... (Risa estridente)
(¡Me está la cólera ahogando!)

ESCENA XII.

DICHOS, CÁRMEN, foro derecha.

CÁRMEN. Papá... (Viene muy conmovida.)
LEAND. ¡Qué buscas aquí?! (Bruscamente.)
CÁRMEN. Perdone usté.—Es que se ha ido (Aturdida.)
la marquesa y he creido...
LEAND. Bien.—Y á qué venia? dí! (Con muy mal modo.)
CÁRMEN. Yo, papá, ignoro á qué viene.
No sabe mas que llorar (Conmovida.)
porque le quieren quitar (Sencillez.)
dos niños grandes que tiene.
LEAND. Las lagrimitas de todas!
¿Pues si llora, á qué reniega
de su esposo? (Iracundo.)
CÁRMEN. Si él le pega.
(Con candorosa afliccion.)
CLEM. (Á Leandro.) (He ahí el fruto de esas bodas!)
LEAND. Déjame en paz!
CÁRMEN. ¿Pero qué
(La madre le indica que calle.)
he dicho yo? (Asustada y yendo de unos á otros.)
LEAND. No es contigo.
ISIDORO. Está así contra un amigo
que ha escrito una carta á usté.
CÁRMEN. ¿Á mí?
ISIDORO. Mírela usted.
(Tomándola del velador donde las dejó Clemencia.)
CLEM. y LEAND. ¡Ah!
(Los dos quieren evitar que la coja Cármen.)
ISIDORO. Es en su oprobio... (Cármen la toma.)
CÁRMEN. En su oprobio?
—Si es una carta de novio
(Sencillez candorosa.)
que papá escribió á mamá.
ISIDORO. ¡Cómo! (Esplosion de risa.)
LEAND. ¡Vaya usté al infierno!
ISIDORO. ¡Quiero una tumba! (Gritando.)
LEAND. ¡Por vida!...
(Comprimiendo su cólera.)

Calle usté! (En el colmo de la exaltacion.)

ISIDORO. —Está usté vencida.
¡Ya me trata como á yerno!

(Cármen en el centro de la escena queda atónita y sobrecogida por lo que pasa á su alrededor, sin comprenderlo. Clemencia quiere calmar á Leandro. Isidoro rie á mas no poder apretándose los ijares, colocándose delante de don Leandro, que, dándole un bufido, desaparece por el foro derecha rápidamente. Telon. Al caer rompe la orquesta tocando la polka «Les financieres.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo.—Es de noche.—Sobre el velador del centro habrá un quinqué encendido, cuya luz recoge una lujosa pantalla. El gabinete del fondo está iluminado por las velas de un candelabro.

ESCENA PRIMERA.

D. LEANDRO, CÁRMEN.

LEAND. Eres una buena chica
y me tienes muy contento.
CÁRMEN. Gracias, papá.
LEAND. Si señor!
¿Pero lloras? ¿por qué es eso?
CÁRMEN. No lloro, esto no es llorar.
LEAND. Si, que yo no lo estoy viendo!
(Contrariado y con sequedad.)
Creerás tú que porque vuelves
la cara ya no lo veo.
—Vamos! esto ya pasó. (Dulcemente.)
Cuando uno obra como cuerdo
y da al deber lo que es suyo,
puede estar muy satisfecho.
¿Qué tienes? ¿Por qué estás triste?
¿Quieres trajes? aderezos?
Abre esa boca, mujer.

Con decir: «papá, esto quiero»
la calle de Espoz y Mina
te traigo entera al momento,
y cuanto tengan Pizzala
y Samper mas rico y nuevo.
—No? Pues, hija, si dichosa
(Incomodándose por grados.)
no logro verte con esto,
no sé qué mas hacer puede
un padre.

CÁRMEN. Si no deseo (Con timidez.)
mas que complacer á usted.

LEAND. Mira, Cármen, espliquémonos.
Tú crees que un sacrificio (Dominándose.)
estás por tu padre haciendo,
y es necesario que entiendas
que lo haces por tí.

CÁRMEN. Bien: pero...

LEAND. No hay peros! Ese muchacho
será muy listo, muy bueno,
muy amable...—Si yo no
(Á un movimiento de Cármen.)
quiero quitarle su mérito.
Mas como sé que no tiene
sobre qué caerse muerto;
y como en su mismo caso
me he visto, y presente tengo
lo que yo y tu pobre madre
hemos pasado, no quiero
que lo pases tú. ¿Me entiendes?

CÁRMEN. Si, señor, si.

LEAND. Si? Pues bueno.
Si yo pudiera decirle:
«allá van dos, uno ó medio,
conque ir tirando, hasta tanto
que usted ocupe un buen puesto»
te daria en todo gusto;
¡pero como que no puedo!...

CÁRMEN. Mas el cariño...

LEAND. El cariño!
Mira: eso es muy novelesco
muy bonito, muy brillante,

todo lo que quieras! pero...
el cariño, no da joyas,
ni alfombras de terciopelo,
ni trufas, ni muaré antiq...
ni lleva en coche á paseo;
¿estás? Á tu edad se piensa
que es lo mejor, lo mas bello;
á la mia, ya se sabe
que es lo mas sólido. Eso
del amor y sus delicias,
para novelas y versos
es cosa muy buena; mas
cuando uno va para viejo,
ha aprendido que eso pasa
y que lo que quiere luego
es tener comodidades,
bienestar, en fin, dinero.
—Yo no estoy metalizado;
y el oro, Cármen, no aprecio
solamente porque es oro,
sino porque sé su empleo;
porque sé lo que se sufre,
hija mia, no teniéndolo.

CÁRMEN. Mas con amor...

LEAND. Yo y tu madre
nos quisimos con estremo,
y eso, hija, siendo tan pobres,
no nos ahorró sufrimientos.
Tú no sabes!... En fin, Cármen,
pues convencida te dejo
con mis razones, mejor
es que no se hable mas de ello.

CÁRMEN. Dispense usté, esas razones,
papá, yo no las comprendo:
las acato.

LEAND. Ya te he dicho (Secamente.)
que no es eso lo que quiero.
—Soy algun padre tirano (Dulcemente.)
que te esplota en su provecho?
Busco mi bien en tu enlace
ó el tuyo? Yo no me echo
ningun duro en el bolsillo

con que sea Juan ó Pedro
tu marido. Si algo voy
ganando en tu casamiento
con Isidoro, es tu dicha,
que gozaré de reflejo.

CÁRMEN. Ya sé lo que usted me quiere.

LEAND. Pues entonces!...—Y el que oyendo
lo que te digo estuviera,
creeria, al ver mis esfuerzos,
que te propongo algun hombre
raro ó lleno de defectos.
Y no señor! no es así!
Es un chico muy completo.
Tanto, que en Madrid, de fijo,
no hay mujer que sus obsequios
no admitiera muy gustosa.
—Qué dices? (Triunfante.)

CÁRMEN. Nada.

LEAND. No es cierto?
Pues no te calles: replica.
Discutamos.—Dime, ¿es viejo?

CÁRMEN. No señor.

LEAND. Pobre?

CÁRMEN. Tampoco.

LEAND. Tonto?

CÁRMEN. No señor.

LEAND. Es feo?

CÁRMEN. No señor.

LEAND. No es elegante?

CÁRMEN. Si señor.

LEAND. Y no es espléndido?

CÁRMEN. Si.

LEAND. «Si señor; no señor!...» (Remedándola.)
Pues señálale un defecto. (Incomodado.)

CÁRMEN. Uno tiene para mí.

LEAND. Dímelo. (Como quien espera saberlo con ansiedad.)

CÁRMEN. Que no le quiero.

LEAND. Ya le querrás!—Sobre todo, (Con cariño.)
¿creés tú que ese amor ciego
da dicha á los matrimonios?
No, hija, no. El mútuo respeto,
la buena amistad, el trato

franco y cariñoso á un tiempo,
¡eso! eso si que es preciso.
¿No ves en casa el ejemplo?
¿Echamos alguna vez
tu madre ni yo de menos
el amor que nos tuvimos?
No, Cármen; porque tenemos
otro cariño mas sólido,
fundado en mejor cimiento.
—Á esto, qué dices? (Sonriendo.)

CÁRMEN. Que antes
mamá y usted se quisieron.

LEAND. Si! pero el amor pasó!
y sin él seguimos siendo
muy felices. Si eso es solo
de la juventud un sueño.
Cuando tú tengas mis años!...
Pero callo, que estoy viendo
que ya qué oponer no encuentras.

CÁRMEN. Yo no razono; obedezco.

LEAND. Eres una buena hija;
y no hay en el mundo entero
padre mas feliz que yo
al ver tu comportamiento.

CÁRMEN. De veras?

LEAND. Si. Tranquilízate!
y piensa que no está lejos
el dia en que me agradezcas
lo que hoy por tu bien he hecho.
Estoy de ello tan seguro!...
(Se dirige á la puerta izquierda.)
—Clemencia! (Llamando.)—Al instante vuelvo
con Isidoro, que ansioso
espera tu asentimiento.

ESCENA II.

DICHOS, CLEMENCIA, puerta izquierda.

LEAND. Ya nos hemos entendido.
(Gozoso á Clemencia al verla aparecer.)
Es una alhaja! Hasta luego.
(Al ver Cármen desaparecer á su padre se dirige á

Clemencia, que la observa fijamente, y deja caer la cabeza con abatimiento sobre su pecho.)

ESCENA III.

CÁRMEN, CLEMENCIA.

CÁRMEN. Madre mia!
CLEM. Aquí me tienes.
(Afectando tranquilidad.)
CÁRMEN. Ya has oido.
CLEM. Si; ya he oido.
(Cármen va á hablar.)
—No te esfuerces en contármelo.
Cuanto ha pasado adivino.
CÁRMEN. Todo se ha perdido.
CLEM. No.
Aun no está todo perdido.
Ten esperanza.
CÁRMEN. Esperanza!
Pero en qué?
CLEM. En que yo te vivo. (Ofendida.)
—Vamos, hija mia, vamos!
No llores más, que me aflijo;
y ahora de toda mi calma
como nunca necesito.
—Tu padre te ha suplicado,
y tú á todo has accedido
sin replicarle, creyendo
que á Dios ese sacrificio
era grato, y que así debe
cumplir con su padre el hijo.
CÁRMEN. Eso es.
CLEM. Pues mira, no es eso.
(Con mucha energia.)
Aquel precepto divino
que honrar manda padre y madre,
no ataca al libre albedrio.
Tú has debido hacer que viera
cuanto amabas: tú has debido
mostrar al obedecerle
lo enorme del sacrificio,
y no ocultarle tus penas

por el temor de afligirlo.
¿No sabes tú que tu padre
te arrastra al mal, persuadido
de que al bien te lleva?

CÁRMEN. Si...
(Como comprendiendo de lleno su situacion.)
Tan venturoso le he visto
con mi silencio, que acaso
por eso hablar no he sabido.

CLEM. ¿Y sabes que esa ventura,
si lo bastante vivimos
para contemplar tus males,
se trocará, por lo mismo
que tanto te quiere, en penas
y remordimientos vivos
que le maten?

CÁRMEN. Si. (Aterrada.)

CLEM. (Con energia.) Pues eso
no es cumplir con el divino
precepto que manda honrar
padre y madre; no! Los hijos,
cuando el padre *equivocado*
lanzarlos quiere á un abismo,
deben la luz enseñarle,
y en el caso que te digo,
la virtud de la obediencia
se convierte en un delito!

CÁRMEN. Y qué he de hacer?

CLEM. Resistir
por bien de tu padre mismo,
por el del pobre Javier,
por el tuyo, ¡por el mio!
Resistirte á pronunciar
un juramento sacrílego,
que engaña á un hombre y ofende
á Dios, que de él es testigo.
No te cases, hija mia,
de tu padre sin permiso; (Mucha claridad.)
mas tampoco, porque él quiera,
des tu mano sin cariño.
—¡El amor no es mercancia
que se remata en martillo

al mejor postor! ¡La que hace
comercio de él, es ludibrio
de la sociedad!—No, hija:
si tu padre persuadido
por una falsa esperiencia
ó arrastrado por el siglo,
quiere que la dicha cambies
por trenes y por vestidos,
¡ni tú consentirlo debes
ni yo puedo consentirlo!
—Tu padre, para tí quiere
todo lo que él no ha tenido,
todo lo que ha deseado
con ardor constante y fijo,
y como el amor lo tuvo
sin afanes ni martirios,
como nada le ha costado
porque lo halló en su camino,
como á él falta no le ha hecho,
su precio no ha conocido...
que el bien se aprecia ¡en aquello
que nos costó conseguirlo!

CÁRMEN. Mas...

CLEM. Buen padre, para tí,
busca con errado juicio
los goces que hoy son su dicha:
los que á tu edad—por lo mismo
que no los tuvo—ansió tanto
por él, por mí y por sus hijos...
¡y en tu porvenir pensando
da tu presente al olvido!

CÁRMEN. Mi presente!... (Con amargura.)

CLEM. Á cada edad
dar lo suyo el Señor quiso.
La tuya, es la de los goces
del corazon y el espíritu;
y querer que esos no tengas
por procurarte advertido
los de otra edad aun distante,
es tan grande desvarío
como arrancar á los árboles
las flores que brotar hizo

en ellos la primavera
con sus dulces vientos tibios...
para asegurar los frutos
que han de dar en el estio.

CÁRMEN. Aconséjame. (Rapidez.)

CLEM. Hija, estamos
en momentos decisivos.
Javier de un momento á otro
debe venir á decirnos
«adios,» que esta misma noche,
dando tu amor por perdido,
marcha á Cádiz á embarcarse;
y al par vendrá aquí solícito
el conde, á quien ya tu padre
que le aceptas habrá dicho.

CÁRMEN. Si Javier se va... (Con afliccion.)

CLEM. En tí estriba.
Piénsalo: yo no te digo
que le hagas cambiar de idea;
mas lo que sí te repito
¡es que no te cases, Cármen,
sin mucho amor!

CÁRMEN. (Muy sobresaltada.) He creido
oir que á la puerta llaman
como *él* llama!
(Oprimiéndose el corazon con las manos.)
Él es de fijo!

CLEM. «¡Como él llama» y aun vacila! (Para sí.)
—Hija, vamos. Es preciso
sobreponerte á tus penas
y ánimo mostrar tranquilo
para que mas no se apure
al verte ese pobre chico.

CÁRMEN. Tendré los ojos hinchados.

CLEM. Coqueta! (Cariñosamente.)—Adelante, hijo.

ESCENA IV.

CLEMENCIA, CÁRMEN, JAVIER.

JAVIER. (Desde el foro.) Ese nombre merecer
fué mi sueño y mi ilusion.

Mas los sueños... sueños son.
(Javier baja y da la mano á Clemencia, que se la estrecha cariñosamente.)

CÁRMEN. Luego te vas!

JAVIER. ¡Qué he de hacer!
Tu conoces ya bastante
mi génio seco y adusto
y sabes cuán poco gusto
de hacerme el interesante.
Por tanto comprenderás
que al decir que no me quedo
porque estar aqui no puedo
¡es que ya no puedo mas!

CÁRMEN. Y que harás?

JAVIER. Irme de aquí.
—Para cuando me haya ido
no tengo plan concebido
ni sé que va á ser de mí.
Me iré;... y una vez allá,
con no verte y con no hablarte,
puede que logre olvidarte.

CÁRMEN. ¡Olvidarme!

JAVIER. Dios dirá.

CÁRMEN. Está bien.

CLEM. Vamos, Javier.
Vamos, Carmela, por Dios.
Estan ustedes los dos
fuera de juicio, á mi ver.
Qué es esto? Quién vió jamás,
cuando hay amor verdadero,
que al obstáculo primero,
se ceda sin mas ni mas?

CÁRMEN. No te canses, mamá, no.
Cuando tan pronto ha podido
acordarse del olvido,
no me querrá mucho.

JAVIER. ¡Yo!...
Cármen, tú no estás serena;
pero yo no soy de roca:
¡oir eso de tu boca
faltaba solo á mi pena!

CÁRMEN. No te vas?...

JAVIER. ¡No me he de ir
mirando lo que sucede!
¿Quieres que en Madrid me quede
á verte con otro unir!
Mi cerebro no está enfermo
cuando de esto me hago cargo:
no estoy loco; y sin embargo
há tres noches que no duermo
por la idea perseguido
de que un dia en cualquier parte
puedo, Cármen, encontrarte
del brazo de tu marido.

CÁRMEN. Javier!

JAVIER. Si, hija mia, si.
Desdeñado por tu padre,
por mas que diga tu madre,
nada que hacer tengo aquí.
Él, que yo te llame mia
pensar no puedo que deje:
tú—perdona que me queje—
tienes muy poca energia
y no te has de rebelar.
Conque, uniendo estos extremos,
mira en que esperar podemos,
que yo no lo sé mirar.

CÁRMEN. Yo resistirle no sé:
tienes razon; lo confieso.
(Á Javier, reconviniéndole con cierta energia cariñosa.)

CLEM. Y es á hacerle decir eso,
á lo que ha venido usté?
Usted lo mismo que yo
aconsejar debe aquí
que luche y discuta, sí;
mas que se rebele, ¡no!
Si obedece á su conciencia
y á su padre no se atreve,
usted mas que nadie debe
respetar esa obediencia.
No condene en ella cosas
que en su alma tiene usté fijas.
¡Jamás de las malas hijas

y la historia del baron?

JAVIER. Á nadie esa historia esconde
que él tiene por muy honrósa.
El baron, muerta su esposa,
compró un título de conde...
Asi empezó á figurar;
asi se hizo conocido...
¡Y ese es, Cármen, el marido
que te va tu padre á dar!

CLEM. / CÁRMEN. ¡Él!

CLEM. No lo llegará á ser!
Suceda lo que suceda,
usted en Madrid se queda.

JAVIER. Mas...

CLEM. Lo exijo yo.

CÁRMEN. Javier... (Suplicante.)

CLEM. Si hasta hoy acaté gustosa
la voluntad de su padre,
los temores de la madre
harán ser fuerte á la esposa.

JAVIER. Mas si sordo á sus acentos
se aferra en sus opiniones,
que hará usted?

CLEM. Á sus razones
opondré mis sentimientos.
—Entre usted ahí, entre usté.
(En la habitacion de la derecha.)

JAVIER. Pero...

CLEM. Aun duda usted de mí?
Javier, en un caso asi
no hay madre débil. Yo haré
por despertar su conciencia;
le pintaré su quebranto...
yo lloraré en fin... y el llanto
es la mejor elocuencia!

JAVIER. Será en vano que usted clame
si Cármen no niega el *sí*.

CLEM. Javier, entre usted ahí
y espere hasta que le llame.
—No sé cómo he de lograr
convencer á mi marido,

mas sé que á Dios se lo pido
y que Dios me ha de inspirar.

JAVIER. Cedo.

CÁRMEN. Gracias.

JAVIER. Fuerzas!

CLEM. Oh!...
Estoy de vencer segura!
(Estrecha á Cármen con arrebato.)
¡Lidiando por su ventura
nadie es mas fuerte que yo!

ESCENA V.

CLEMENCIA, CÁRMEN, LEANDRO, ISIDORO.

Javier desaparece por la puerta derecha.—Cármen, que está á la izquierda, va hácia su madre en el momento en que aparecen en el foro D. Leandro é Isidoro. Cármen sorprendida no se atreve á alzar los ojos del suelo.

LEAND. Ya estamos todos aquí.
(Con jovialidad. En el foro.)

ISIDORO. Señoras?... Conque al fin veo (Á Cármen.)
realizado mi deseo?
(Clemencia, que le ha bajado la cabeza á Isidoro, permanece pensativa.)

CÁRMEN. Papá lo dispone asi...

ISIDORO. Gracias. Me hace usted dichoso.

CÁRMEN. Yo... (Mamá!)

CLEM. Puedes dejarnos,
(Con resolucion. Ha concebido su plan.)
Cármen.—Quizá el escucharnos
le seria embarazoso.—
(A Leandro é Isidoro en tono ligero.)

LEAND. ¡Cómo!

CLEM. Estas cosas á veces
las hacen ruborizar,
y como hemos de arreglar
los tres ciertas pequeñeces...

ISIDORO. Por mí...
(Despues de cruzar con Leandro una mirada de estrañeza.)

CLEM. Siempre fué mi táctica,
aun en las cosas mas sérias,
ocultarle las miserias
que encierran la vida práctica.
LEAND. Bien. Vete. Puesto que asi
parece que lo desea
tu madre.—¿qué mas da? Sea.
(Consultando con la vista á Isidoro.)
CÁRMEN. (En tí fio. (Al pasar junto á su madre.)
CLEM. Fia en mí!)
(Clemencia acompaña á su hija hasta la puerta de la izquierda y permanece por un momento ensimismada, pasado el cual dirige una mirada al cielo, besa la cruz que lleva al cuello y se dirige á Isidoro y Leandro en el instante en que el último le dirige la palabra.)

ESCENA VI.

CLEMENCIA, LEANDRO, ISIDORO.

LEAND. (Usted la entiende? (Por Clemencia.)
ISIDORO. ¿Entender?
Como usted.
LEAND. Yo no he entendido...
ISIDORO. No! Si hasta el dia no ha habido
quien entienda á una mujer!)
LEAND. Vaya, nos querrás decir
—si es que ya es tiempo—esas cosas
tan graves y misteriosas (En tono muy jovial.)
que Cármen no puede oir?
(Clemencia, que habrá cerrado la puerta por donde se fué Cármen, cierra la de la derecha y se dirige hácia el foro para hacer lo propio. Isidoro la comprende y se le adelanta y la cierra. Leandro, al ver lo que hace su mujer, se dirige á ella y la interroga con extrañeza y acritud.)
LEAND. ¿Me esplicarás?...
CLEM. De eso trato.
(Á Leandro con frialdad.)
—Puesto que del casamiento
(Con amarga frialdad.)

que Dios hizo un sacramento,
hace hoy el hombre un contrato,
la madre que ha de firmar
la escritura en que se fija
(Frialdad y cierta ligereza sarcástica.)
el porvenir de su hija,
debe saber *contratar*.
(Destacando la palabra mas con el gesto que con la voz.)

Leand. ¿Pero estás loca? (Con cierta violencia.)

Isidoro. Por qué?
Porque sin hipocresia
va al asunto? Esa es la mia.
Nada, nada, siga usté.

Clem. Ves? Tú eres muy delicado
y con razon he temido
que en este asunto hayas sido
algo desinteresado.
Por eso empeño formal
de que se hable claro tengo,
y á que asi suceda vengo.
(Con resolucion enérgica.)

Isidoro. (Digo, digo, la ideal!) (Conteniendo la risa.)

Clem. Entre personas de clase
(Haciendo la comedia, como se dice vulgarmente.)
embaraza tratar cosas
de suyo tan enfadosas;
mas como estas son la *base*,
cuando una hija *colocamos*,
aun la madre mas reacia
tiene que hablar... verbi gracia
de... del dote.

Isidoro. (Á lo que estamos!)

Leand. Mas... (Con repugnancia.)

Clem. Yo digo la verdad,
(Frialdad, que contraste con el estado de violencia en que va estando Leandro.)
que aquí hablamos sin testigos.

Isidoro. No! Y que mientras mas amigos,
debe haber mas claridad. (Rapidez.)

Leand. Es que hay cuarenta maneras
de decir la verdad toda,

y les pido mil perdones.
—Conque ¡ea! á las condiciones
de nuestra próxima union.

LEAND. Yo... (Afectando repugnancia y separándose.)

CLEM. Yo sí.

(Durante esta escena puede oirse, siempre lejana, la polka «Les financieres» tocada al piano. En el teatre en que se haga esto, el director cuidará de colocar oportunamente el ruido de monedas, los besos y el cuco.)

ISIDORO. Usté es de las mias.
Hablemos en plata.

CLEM. En *plata*,
sí!—Porque aquí no se trata
de amor ni de tonterias.
Se trata... esta es la verdad,
por mas que dura parezca,
de que Cármen se establezca
con lujo y comodidad.
Se trata...

LEAND. Pero, mujer;
(Casi ciego de cólera.)
te atreves á proferir?...

CLEM. ¿Por qué no se ha decir
(En un arranque de indignacion.)
¡si se piensa y se va hacer?

ISIDORO. Justo: nada de primores.
Lo demas es alharaca.

LEAND. No, no. Es que hablar de esto saca
á la cara los colores!
(Clemencia ve con gozo la gradual indignacion de su marido.)

ISIDORO. Ah... es el hablar! Se concibe.
Pero hay remedio inmediato.
(Maliciosamente.)
Un proyecto de contrato
en un dos por tres se escribe.
Usted se queda con él;
lo discuten sin testigo;
y despues hablan conmigo.
—¿Tiene usted por ahí papel?

CLEM. Si, voy.

(Se dirige rápidamente al secreter.)

LEAND. Eso es otra cosa.

ISIDORO. Ah!...—Deje usted que yo abra.

(Á Clemencia, que destuerce la llave.)

CLEM. Si ya está.

(Entregándole el papel que ha sacado del mueble, cuya puerta deja abierta. Isidoro pasea una mirada por la escena, como buscando donde escribir; Clemencia le señala el gabinete del fondo, al que se dirige inmediatamente. Leandro al ver alejarse á Isidoro, dice á su mujer con terrible energia y muy por lo bajo.)

LEAND. (Ni una palabra!...
Esta escena bochornosa...
Es fuerza que la concluya.
Y quién te ha dado derecho?...
media voz.)
ojos y da un pen? Tú! Yo la escena he hecho;
al decirle pero la comedia es tuya!)
¡Jue Pueden ustedes hablar

LEAND. (Desde el foro, al notar que han bajado la voz.)
de recio, si bien les cae;

CLEM. que á mí nada me distrae.

L. (En tono chancero.)

LEAND. Pero va usté á improvisar?

ISIDORO. En conociendo la ruta,
¿quién no redacta en un rato
la minuta de un contrato? (Escribe.)

CLEM. El contrato! La minuta!

(Con desaliento y amargura. Isidoro sigue escribiendo durante la escena siguiente, siempre á la vista del público. Clemencia al verse sola con su marido y, como no pudiendo seguir con su fingimiento, se dirige á él muy conmovida y empieza la escena á media voz y asi la continua hasta que dominada por las ideas que se agolpan á su cabeza se olvida de cuanto la rodea y va alzándola.)

ESCENA VII.

LEANDRO, CLEMENCIA.

CLEM. Leandro; ¿ves algo aqui,

que hablando á tu fantasia,
pueda recordarte el dia
en que me pediste á mí?
En esta boda, con toda
su riqueza, no hallo yo
la dicha que presidió
á aquella tan pobre boda.
Aun creo estar escuchando
lo que á mis padres decias.
Tú conmovido pedias
lo que ellos daban llorando...
y en tanto, yo sin rebozo
decia cuanto te amaba,
y á los cuatro nos juntaba
en un solo abrazo el gozo.
Por qué falta en este dia,
cuando se forma igual lazo,
aquel dulcísimo abrazo
y aquella santa alegria?
Porque aquí nuestra cabeza
piensa lo que allí sentimos;
porque allí «¡dicha!» dijimos,
y aquí decimos «riqueza!»

LEAND. Mas... (Indicándole que Isidoro la oye.)

CLEM. Madre, con voz escasa, (Sin oirle.
dijo entonces temblorosa:
«Tú honrado, mi hija hacendosa,
los dos juntos hareis casa.»
Y asi fué! la fé sencilla,
nacida del puro amor,
que daba santo calor
á nuestra pobre buhardilla,
tu trabajo hizo valer
y mi trabajo bendijo,
y al ver crecer á tu hijo
¡ví tu fortuna crecer!
(Movimiento en Leandro de penosa inquietud y ya algo cariñoso con Clemencia, la escucha preocupado. Clemencia que lo nota, dice con el gozo que da un recuerdo feliz y esperando convencerlo.)
¿Recuerdas las alegrias
de un dia de procesion

en que, conmigo al balcon,
salir al niño veias...
luciendo el nuevo vestido
que, con retazos brillantes,
¡velando! la noche antes
le habia yo concluido?
—No, no: por mas que se diga,
nada satisface mas
que oir:—«qué precioso vas!»
—«Dios á tu madre bendiga!»
¿Y por qué hemos de privar
(En un arranque al ver á Leandro que empieza á inmutarse.)
á Cármen de esa ventura,
para que en la edad madura
dicha igual pueda gozar?
(Disgusto é impaciencia de Leandro.)
No hagas que tome un atajo
en que el mas firme tropieza;
¡ir déjala á la riqueza
por la senda del trabajo...
que así sin hacer añicos
sus afecciones mas puras,
so[illegible]atir podrá esas venturas
¡que ni aun soñaron los ricos!

LEAND. Basta! tú de toda cosa
(Ya preocupado por las razones de Clemencia.)
ver evitas el reverso.
Tú quieres vivir en verso
y la existencia está en prosa!

CLEM. La tuya y tal vez la mia
puede ser; mas no la de ella,
que ahora corre esa edad bella
del amor y la poesia.
No quiero que al cuerpo roben
ese pan que el hambre calma;
¡pero amor es pan del alma,
sin el cual no vive el jóven!

LEAND. Delirios que la esperiencia
deshace con su verdad.
¡En todo caso y edad (Con cierta solemnidad.)
la dicha es una, Clemencia!

CLEM. ¡Una?!...

(Como inspirada en aquel momento por una idea salvadora corre hácia el secreter que dejó abierto, toma una cajita rápidamente y se dirige á don Leandro con la seguridad del triunfo. Este la escucha cada vez mas conmovido y sin acordarse de mirar al foro, por el temor de que lo oiga Isidoro como hasta aquí.

Momentos despues acaba de escribir Isidoro y baja, papel en mano; al dirigirse á ellos repara en la actitud de los dos, se detiene y oye. El actor comprenderá las distintas impresiones que le haya de causar lo que está oyendo.)

—Acaso has olvidado
la muerte del tierno niño,
fruto de nuestro cariño,
que tanto y tanto has llorado?
En su corta edad no tuvo
mas que un deseo su pecho
que al punto ver satisfecho
en nuestros medios no estuvo.
Pobres, y sin mas amparo
que tu trabajo del dia,
el juguete que queria
nos pareció entonces caro.
—Pero Angelito enfermó; (Empañada l...
el médico al fin me dijo
que me quedaba sin hijo!...
y aunque él lo callara, yo
que á su cabecera estaba
y contaba sus alientos,
sentia que por momentos
el Señor se lo llevaba.
De repente tú saliste
de la alcoba, como un loco,
sin decir nada, y á poco
con esta caja volviste.
Se la enseñaste, la vió;
nos sonrió dulcemente
(Dominando el sentimiento.)
y ví aclararse su frente
y ví que se incorporó...

¡Y hasta que de vida asomo
no dejó en él la agonia,
fué feliz... porque tenia
estos soldados de plomo! (Sin abandonarse.)

LEAND. Calla!

CLEM. No!—Si en toda edad,
(Con mucha energia)
segun por tu prisma ves,
y sigues creyendo, es
una la felicidad,
esto fué lo que reposo (Abriendo la caja.)
dió á Angelito en su agonia.
¡Renazca en tí la alegria:
juega un rato y sé dichoso!
(Arroja con violencia sobre el velador los soldados que contiene la caja. Leandro confundido, inclina la cabeza. Clemencia levanta algunos soldados y le señala de nuevo á ellos. Isidoro se pasa la mano por los ojos y da un paso; Clemencia le detiene con la accion al decirle muy por lo bajo «un momento.»)
¡Juega!! (Secamente.)

LEAND. Clemencia!!
(Balbuciente y sin levantar la cabeza)

CLEM. (Á Isidoro suplicante.) Un momento!

LEAND. No mas, no mas.
(Á Clemencia, que se le acerca como abrumado por el peso de sus razones.)

CLEM. Ya concluyo.
—Dale á cada edad lo suyo! (Con solemnidad.)
—Yo tengo un remordimiento!
(Cogiendo á Leandro por el brazo y casi hablándole al oido. Dominada ya por el sentimiento y abatida por el esfuerzo que ha hecho. Hasta ahora no debe haber derramado una lágrima la actriz. Ya no puede mas.)
—Con el afan de lograr
al pobre Angelito abrir
un brillante porvenir,
le hicimos mucho estudiar!
Su cabecita rizada,
que por nuestra insensatez
pensó ya tanto, tal vez

aun no estaba organizada
para un estudio tan serio
como el que al niño exigimos...
¡y el porvenir que le abrimos
fué un nicho en el cementerio!

LEAND. Calla, Clemencia!

CLEM. Esto siente
quien con el uso se ofusca
y á lo porvenir que busca
sacrifica lo presente!
—¿Por qué jugar no dejamos
(Con desesperacion.)
al niño en la edad del juego?
¿Por qué á Cármen el sosiego,
de que hoy goza, arrebatamos,
si merced á ese maldito
afan de prever se iria
¡quizás á hacer compañia
en la gloria á su hermanito!

LEAND. ¡Hijo de mi corazon!
(Rompiendo el comprimido llanto con un grito de alma.)

CLEM. La salvé! (Grito de alegria.)

LEAND. Tú desde el cielo
vienes á rasgar el velo
que ofuscaba mi razon.

CLEM. Oh! (Dejando caer su cabeza sobre el hombro de Leandro, llorosa.)

LEAND. Deja, deja: ese enlace
que obcecado procuré
yo mismo lo romperé.
Que Isidoro me rechace,
que me crea...

ISIDORO. (Adelantándose.) Más no añada.
(Leandro, que hasta ahora no lo ha visto, al oirlo inclina la cabeza sobre el pecho y se apoya en un mueble sin atreverse á levantar la vista. Isidoro se coloca entre los dos y dice con amargura.)

ESCENA VIII.

DICHOS, ISIDORO, que ha salido antes.

El que unido á su familia,
tal vez mártir hizo á Emilia,
no hará á Cármen desgraciada.
Aquel que sigue mi escuela
tan solo puede aspirar,
cuando es rico, á pasear
su fastidio en carretela.
—Cármen tiene amor y fé
y no ha menester mas que eso.
La dicha es ligero peso
y se lleva bien á pié.

(Arroja el contrato al suelo despues de hacerlo pedazos y se dirige al foro derecha. Leandro le estrecha antes las manos sin mirarlo. Clemencia va hacia él; quiere hablar é Isidoro desaparece rápidamente.)

ESCENA IX.

LEANDRO, CLEMENCIA.

LEAND. Qué iba yo á hacer?!—Cármen!
(Lanzándose rápidamente á la puerta por donde desapareció esta y llamándola con ansiedad. Clemencia corre hácia la de la derecha y llama á Javier gozosa.)

CLEM. Javier! Javier!
Oh! (Rapidez.)

LEAND. ¡Él ahí?
(En la puerta de la izquierda. Con sorpresa y avergonzándose de tener que encontrarse con él frente á frente.)

CLEM. Es... que esperaban en mí (Aparece Javier.)
¡Y en Dios esperaba yo!

ESCENA ÚLTIMA.

CLEMENCIA, LEANDRO, JAVIER y CÁRMEN.

LEAND. Gracias!—Hija mia, ven.
(Lo primero á Clemencia. Despues aparece Cármen y se lanza á ella balbuciente y con rapidez.)
—Á un ciego error entregado
hace poco, á punto he estado
de hacer que pierdas tu bien.
(La trae al primer término.)
Mas hoy que toco mi error
y de mi intento me asusto,
quiero casarte á tu gusto;
¡te casaré por amor!...
¡Y no digo yo con él,
que es un chico de carrera,
queriéndolo tú... aunque fuera
con un mozo de cordel!

CLEM. Poco á poco, que eso es ir (Sonriéndose.)
de una á otra exageracion.

LEAND. Siendo rico el corazon
se puede pobre vivir.
—Junto á las dichas completas
(Con rapidez vehemente.)
que da una union venturosa:
¿qué es un millon?... una cosa
que no vale dos pesetas!

JAVIER. Don Leandro!

LEAND. Venga usté acá
y afuera toda inquietud.
Á gozar la juventud,
que en la vejez... Dios dirá.
—Que sois pobres? Bueno ¿y qué?
Pasareis vuestros apuros.
¡Yo tenia cinco duros (Rápidamente.)
[illegible] que me casé!

CÁRMEN. ¡Papá!

LEAND. Lo tienes presente? (Á Clemencia.)

CLEM. ¡Quién eso olvida jamás? (Rapidez.)

LEAND. Cinco duros nada mas

y nos fué tan ricamente. (*Confidencialmente.*)

CLEM. Conque es cuestion arreglada?

LEAND. Ó muy próxima á arreglarse.
Si esta se anima á casarse.
(*Con gravedad cómica.*)

CÁRMEN. Yo siempre he estado animada.
(*Con candorosa ingenuidad.*)

LEAND. Y usted?

JAVIER. Con el alma toda!

CÁRMEN. Javier mio!

JAVIER. Cármen mia!

CLEM. ¡Esta es la santa alegria
que presidió á nuestra boda!

LEAND. Si, si! Todos la han ansiado
allá en su tiempo florido:
muchos la hemos conseguido,
y á pesar de ello ha pasado
ó pasa en la actualidad
en cada casa esta historia.
¡Ay! qué flacos de memoria
(*Con desesperacion cómica.*)
nos hacemos con la edad!

CLEM. Basta. (*Cariñosamente queriéndole evitar el sonrojo.*)

LEAND. Si! usted no se aplane
al verse pobre, porque (*Á Javier.*)
con algo que yo le dé
y un poco que usted se gane...
¡qué demonio!... ¿Veces mil,
con su pobre compañera,
no ha visto usté en una acera
comer á un triste albañíl,
y de ocho veces las siete
que esto mira no le choca
que se le hace agua la boca
al contemplar el banquete?...
Pues no es que un soberbio aliño
haga sus viandas gratas.
¡Es que vé comer patatas
sazonadas con cariño! (*Conmovido.*)

JAVIER. Yo siempre he pensado a[illegible] lo

LEAND. Bien! ya lo sé, ya lo sé. [illegible]
Es que al decírselo á usté

me lo estoy diciendo ¡á mí!
(Dándose lástima y grima.)

CLEM. Tienes en la lengua azogue?
—Vamos esto se acabó.
(Procurando siempre evitarle á D. Leandro que se sonroje delante de sus hijos. Él, que lo procura como expiacion, no le hace caso.)
No sigas.

LEAND. Y por qué no?
Deja que me desahogue.
—Al tocar lo que, pensando
en labrarla un porvenir,
hacia, estoy por salir
por esas calles gritando
en tono de ciego viejo
que vende sus baratijas...
«¡Oh, padres que teneis hijas,
miraos en este espejo!»

CLEM. En el que te has de mirar
es en ese; en la ventura (Por Cármen y Javier.)
que les dará su ternura;
ventura que has de gozar
aun mas que ellos.—Ya te veo
por las mañanas temprano
con un niño de la mano
ir al Retiro á paseo
y hablarle en su lengua ignota
y besarlo una y mil veces...

LEAND. Sí! y echar pan á los peces (Regodeándose.)
y jugar á la pelota!
(Conmovido y suplicante.)
¡Dadme un niño, porque... como
(Mirando fijamente á Clemencia y estrechándole cariñosamente las manos y marcando mucho las palabras. Deténgase algo el actor en la palabra «como» par destacar el verso siguiente.)
cada edad tiene su afan...
¡los nietezuelos serán
nuestros soldados de plomo!

FIN DE LA COMEDIA.